CAPÍTULO XVI

1847

Salida del ejército de San Luis en busca del enemigo. — Marcha difícil de las tropas. — Revista del ejército en la Encarnación. — Llegada á Agua-Nueva. — Llega la vanguardia mexicana frente á la Angostura. — Santa Anna intima rendición á Taylor. — Planes y disposiciones de los americanos. — Combate del 22 de febrero. — Descripción del teatro de la batalla. — Examen comparativo de los ejércitos. — Batalla del 23 de febrero. — Retirada del ejército mexicano. — Parte oficial del general Santa Anna. — Parte oficial del general Zacarías Taylor. — Juicio del historiador americano Ripley acerca de la batalla de la Angostura.

Por el extracto, copia en muchos pasajes literal, que hemos hecho de los *Apuntes para la historia de la Invasión Americana,* formados en mayo de 1848 por don Manuel Balbontín, conocen nuestros lectores todo lo referente á la organización y estancia del ejército del Norte en San Luis Potosí. Vamos á seguir al muy distinguido autor de esos Apuntes en el relato de esa campaña memorable, pues sin rebajar en cosa alguna el mérito de otras obras sobre el mismo asunto que ya hemos hecho contribuir al valor que por haberlas extractado pueda tener la presente, la del señor Balbontín contiene pormenores y apreciaciones que convienen aquí á nuestro plan. Dícese en ella que el día 26 de enero se dió por el general Santa Anna la orden para que el ejército se pusiese en marcha á partir del 27. El total de piezas de artillería era de diez y siete, comprendiendo en él tres de batalla que tenía la división situada en Tula y debía incorporarse: esta dotación era insuficiente para un ejército que podía elevarse á diez y seis mil hombres, y debía contar con cincuenta y dos bocas de fuego propias para batalla, sin perjuicio de las necesarias para un sitio, aunque fuese remoto que el enemigo llegara á encerrarse en alguna población.

Es bien sabido que mientras más inferiores en calidad sean las tropas, se necesita más apoyarlas en mayor número de cañones; desgraciadamente, nuestro ejército se componía en gran parte de gente colecticia que se iba á presentar al fuego por la primera vez. Se sabía también que los americanos eran fuertes en artillería, y sin embargo de estas consideraciones, parece que hubo empeño en llevar poca: no faltaban ciertamente en San Luis cañones ligeros para formar dos ó tres baterías, ni tropa con que servirlas; porque además de sobrar gente de la primera brigada del arma, existían dos baterías de artillería de á caballo, que se destinaron malamente para escolta del parque general, á excepción de los pelotones,

con que dotaron dos piezas de á 8, que mandaba el capitán don Ignacio Ballarta: en último caso se podía disponer de los voluntarios irlandeses, formados con desertores del enemigo, ejercitados en San Luis en el servicio de las piezas. Increible parece se cometieran torpezas semejantes que tanto contribuyeron al mal resultado de la campaña: pronto se iba á echar de menos la falta de artillería de batalla. El ejército acabó de salir de San Luis el 2 de febrero. En el camino de la hacienda de Bocas al Venado, la división encontró á los prisioneros americanos de los destacamentos de Borland, Gaines y Clay que desde el 20 de enero habían caído en la hacienda de la Encarnación en poder de la caballería del general don Vicente Miñón. En la mañana del 26 del mismo enero, el capitán Heady con setenta hombres de caballería, al reconocer el Paso de las Palomas, no lejos del Saltillo, cayó prisionero con toda su gente en manos de una guerrilla del teniente coronel Cruz [1]. La marcha de las tropas se hacía con grandes dificultades, no siendo la menor la crudeza de la estación metida en frío, viento, lluvia y nieve. En la noche del 11 de febrero las tropas que marchaban de las Animas al Salado tuvieron algunos soldados y mujeres que los acompañaban muertos por el frío: sus míseros camaradas, hambrientos y ateridos, se resistían á marchar; sin embargo, no fué necesario el rigor para obligarlos á obedecer: en la hacienda del Salado ocurrieron el 14 nuevas muertes causadas por el frío.

De la estancia en la Encarnación, dice el señor Balbontín: «El campamento no se hallaba situado según las reglas del arte de la guerra, sino formando un pentágono, en una sola línea, con uno de los lados cubierto por la caballería: delante de las líneas no había más tropas que las guardias de prevención, á pocos pasos de distancia del centro de los batallones: más allá, ni grandes guardias, ni puestos avanzados, ni patrullas, ni centinelas, ni cuerpos destacados de observación: de suerte, que si por la noche hubiéramos sido atacados no habríamos sentido al enemigo sino cuando le tuviésemos encima. Este modo raro de acampar, así como otras prácticas que estaban en uso en el ejército, tan contrarias á lo que previene el arte y manda la ordenanza, sin duda tenían por causa el sistema de reclutamiento, que, haciéndose por medio de *leva*, da por resultado que la tropa se deserte cuando se le presenta la ocasión: esta circunstancia obliga á los generales á mantener las tropas agrupadas, y privarse de los medios de seguridad con que debían contar. Desde luego podía notarse con cuánta desventaja habríamos de combatir contra un ejército como el americano, cuyo general en jefe podía disponer hasta del último soldado para todo servicio.» El día 20, y siempre en la hacienda de la Encarnación, Santa Anna revistó su ejército y halló que ascendía á diez mil infantes, cuatro mil caballos y diez y siete piezas de artillería, de las que seis eran de sitio y plaza, es decir, inútiles para los terrenos en que íbamos á operar. La orden general previno que el ejército se dispusiera para marchar al día siguiente, debiendo llevar cada soldado dos raciones de carne asada, una libra de harina y suficiente provisión de agua, pues no habrían de hallarla hasta la hacienda de Agua Nueva: de los oficiales no se ocupó la orden, y no tuvieron más remedio que proveerse como la tropa. Esta comenzó á desfilar entre la una y las dos de la tarde del 21, durando la operación hasta después de las cuatro: la marcha se verificó en una sola columna que con artillería y trenes podía extenderse unas cuatro leguas [1].

Apenas el ejército se había puesto en movimiento, comenzó á soplar un helado viento del norte, que fué arreciando á proporción que se acercaba la noche: al mediar ésta, las tropas hicieron alto en el Llano de la Guerra, á la falda del Puerto del Carnero: los batallones se acostaban formados en columna, según iban llegando; la caballería permaneció con brida en mano; las últimas tropas se incorporaron en la madrugada. Por la intensidad del frío, y á pesar de la prohibición que había de hacer lumbre, las mujeres de los soldados y los marmitones incendiaron las palmas de la falda del monte y de los lados del camino, de suerte que se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el negro fondo del cielo: pronto cundió el mal ejemplo, y las tropas y aun los oficiales continuaron poniendo fuego á las palmas. El general en jefe, desde su carruaje, donde pasó la noche, vió la falta, y hubo de resignarse á disimularla en consideración al rigor del frío, á la violencia del viento helado y á la falta de abrigos para la tropa. El enemigo, á quien se esperaba encontrar en la hacienda de Agua Nueva, probablemente tuvo noticia de la aproximación de nuestro ejército y replegó sus avanzadas y puestos de observación. A pesar de esperarse un combate, acaso terrible, al amanecer, todos deseaban la venida del día para que cambiase la temperatura. A las seis de la mañana del 22 comenzó á moverse el ejército, preparado para entrar en acción, sobre la hacienda de Agua Nueva. Desde la víspera se había separado de la columna, con mil doscientos caballos, el general Miñón, con objeto de cortar la retirada á los americanos, situándose á su retaguardia sobre el camino del Saltillo: en consecuencia, el ejército marchaba entonces en dos columnas por líneas divergentes. Cuando la vanguardia de la columna principal, com-

[1] Roa Bárcena, en su obra citada.

[1] El orden de la marcha era el siguiente: *Vanguardia:* cuatro batallones de infantería ligera; batallones de zapadores; tres piezas de artillería; sección de parque; regimiento de húsares. *Primera división de infantería,* á las órdenes del general don Manuel M. Lombardini, con cuatro cañones. *Segunda división de infantería,* á las órdenes del general don Francisco Pacheco, con cuatro cañones. *Tercera división de infantería,* á las órdenes del general don José María Ortega, con tres cañones. *División de caballería,* á las órdenes del general don Julián Juvera, sin artillería. *Parque general. Ranchos de los cuerpos. Retaguardia:* brigada de caballería, al mando del general don Manuel Andrade.

puesta de los cuerpos ligeros, llegó delante de Agua Nueva, encontró el punto abandonado: el enemigo había destruído todo lo que no pudo llevar, dando muerte á los animales y puesto fuego á la hacienda. Sin dar tiempo á la tropa ni para beber agua, se la obligó á continuar la marcha á paso precipitado: se hizo pasar toda la caballería al galope, por la derecha de la columna para apoyar la vanguardia en su persecución al enemigo, á quien se le suponía en plena retirada y desmoralización: así se podía creer al ver el camino regado de efectos de atalaje, y encontrarse cuatro ó cinco carros abandonados en distintos lugares. Pero el enemigo se había posesionado de la hacienda de Buena Vista y del Puerto de la Angostura, que tenía reconocidos de antemano, y allí esperaba con la mayor tranquilidad.

Cuando el general Santa Anna, que iba en la vanguardia, se apercibió de la presencia del ejército americano, se halló en una posición muy crítica: no contaba más que con los cuatro batallones ligeros y con dos mil quinientos caballos que poco hubieran servido en aquel terreno: si el enemigo, descendiendo de sus posiciones, ataca vigorosamente al general Santa Anna, el resultado probable habría sido el derrotarle, y rechazada aquella fuerza en desorden sobre la gran columna de viaje, cuyos cuerpos iban á largas distancias unos de otros, no pudiendo hacer sino esfuerzos parciales, hubieran corrido la misma suerte que la vanguardia. Conociéndolo, sin duda, así el general Santa Anna, trató de ganar tiempo: al efecto, mandó de parlamentario al campo enemigo al inspector del cuerpo médico militar don Pedro Wander Linden, de quien se supuso llevaría instrucciones para entretener al general Taylor todo el tiempo que le fuese posible. Ostensiblemente, iba á intimar la rendición al ejército americano, anunciando al general enemigo que se hallaba rodeado por *veinte mil* hombres [1]. Como era de esperarse, el general Taylor rechazó la intimación, pero de aquella bravata se valió después para asentar que había sido atacado por veinte mil mexicanos. Mientras esto pasaba iban llegando los batallones y formando la línea de batalla, pero el final de la columna no se incorporó sino cuatro horas después: se había caminado cerca de veinte leguas en veinticuatro horas y las tropas llegaban frente al enemigo poco menos que en ayunas.

El 20 de febrero [2] supo Taylor que las tropas mexicanas se hallaban reunidas en número considerable en la Encarnación, con el designio evidente de atacarle en Agua Nueva, y como allí podía ser flanqueado por uno y otro lado, resolvió dejar la hacienda y tomar posición á unas once millas á retaguardia, como lo ejecutó el 21, acampando casi enfrente de la hacienda de Buena Vista: en Agua Nueva quedó en observación el regimiento de voluntarios de Arkansas que se vió obligado á retirarse, noticioso del avance de nuestras tropas, las que, como ya dijimos, encontraron el camino sembrado de guarniciones, efectos varios y aun algunos carros abandonados por aquéllos en su retirada, circunstancia que hizo creer á Santa Anna que la desmoralización y el desorden reinaban en las filas enemigas, animándose á marchar en su busca con una rapidez que asombró al invasor, al cual halló, al desembocar en la Angostura, fuertemente acampado en dicho punto: éste había sido hábilmente elegido por Taylor, cuyas fuerzas se hallaban en cuadro desde que por disposición de su gobierno gran parte de ellas salieron del Saltillo para engrosar la división de Scott, encargado de operar sobre el puerto de Veracruz. Taylor tomó muy á mal la reducción de sus fuerzas y el que se le obligase á sólo la defensiva, exponiéndole á un descalabro: Scott le dió satisfactorias explicaciones acerca de la importancia de aplicar las principales tropas disponibles á la expedición sobre Veracruz: las comunicaciones que Scott dirigía á Taylor sobre este asunto cayeron en poder de nuestras tropas: su portador el teniente Richey fué aprehendido y muerto en Villagrán con los diez dragones de su escolta. Santa Anna, sabedor por este medio del nuevo plan del enemigo, hubo, no obstante, de desentenderse del peligro que amenazaba á Veracruz, tanto para impedir la destrucción de su ejército por inanición y acallar la grita de los partidos, como por la imposibilidad en que la falta de recursos pecuniarios le ponía para mover su ejército del norte al suroeste: además, la noticia de la considerable reducción de las fuerzas de Taylor le sirvió de espuela para caer sobre él con fundadas probabilidades de triunfo.

El camino, casi derecho de sur á norte de San Luis al Saltillo, luego que deja atrás los puertos ó desfiladeros de Agua Nueva, Piñones y Carnero, continúa en el centro de un valle formado por dos órdenes de montañas de la Sierra Madre, que se estrecha en el lugar llamado el Paso ó la Angostura entre los puntos de la Encantada y Buena Vista. Allí fué donde Taylor estableció el centro de su defensa en una fuerte batería principal, sostenida por algunas otras accesorias á los lados, y por los principales cuerpos del ejército, que, según Ripley, ascendía á cuatro mil cuatrocientos veinticinco hombres con quince piezas: la reserva con parque y bagajes quedó en la hacienda de Buena Vista, cuidando de mantener expedito el tramo de camino de la expresada hacienda al Saltillo, base de toda la línea de defensa de los invasores. A eso de las nueve de la mañana del 22 los exploradores que había en la Encantada,

[1] La intimación de Santa Anna estaba así concebida:

«Está V. rodeado por veinte mil hombres y, según todas las probabilidades, no puede evitar una derrota y la destrucción de sus tropas; pero, mereciéndome estimación particular, se lo aviso para que pueda rendirse á discreción, bajo la seguridad de ser tratado como cumple al carácter mexicano; á cuyo fin se le concede el plazo de una hora desde la llegada de mi parlamentario al campo de V.»

Taylor contestó desde las cercanías de Buena Vista:

«En respuesta á la nota de V. de hoy, intimándome que rinda mis fuerzas á discreción, debo decirle que rehuso acceder á su excitativa.»

[2] En estos pormenores seguimos la obra del señor Roa Bárcena.

á tres y media millas de distancia del Paso, descubrieron que avanzaba Santa Anna, y lo avisaron á Taylor que estaba en el Saltillo: Wool dispuso que las tropas reunidas en Buena Vista avanzaran al encuentro de los mexicanos, y las colocó convenientemente á su plan, aprobado poco después por Taylor á su llegada al campo. El general Santa Anna hizo alto fuera del alcance de las baterías enemigas y aguardó la llegada de la infantería: hizo reconocer la posición de los americanos, y convencido del peligro que habría en atacarla de frente resolvió flanquearla. Advirtiendo que el enemigo había descuidado ocupar una altura importante á la derecha de nuestra línea, dispuso que se posesionara de ella la brigada de tropas ligeras al mando de Ampudia, quien el 10 de febrero se había incorporado al ejército previa licencia del gobierno de la capital del cual solicitó se le consintiera tomar parte en la campaña, aun en clase de soldado raso, mientras se terminase el proceso á que se le sometió por el abandono de Monterrey. La ejecución de la orden dada á Ampudia originó un combate bastante vivo que sostuvo por la parte contraria el brigadier general Lane, y duró toda la tarde, hasta que al oscurecer nuestros soldados quedaron dueños del terreno, ocupando la eminencia disputada. El toque de diana que dió un clarín del 1.° ligero hizo saber al ejército que el enemigo era rechazado y que el cerro estaba en nuestro poder [1]. Esto produjo gran entusiasmo en las tropas. En el combate se distinguió el capitán don Luis G. Osollo. La noche puso en quietud á los combatientes.

Hé aquí ahora cómo el señor Balbontín describe el campo de acción del 23: «La posición de la Angostura daba al enemigo una incontestable superioridad: dos cadenas de montañas, corriendo casi paralelamente, se estrechan en aquel lugar, en donde forman un puerto bastante angosto: las montañas de la derecha son más elevadas que las de la izquierda y sus faldas se prolongan en forma de lomas hasta ocupar próximamente la mitad de la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan. Las aguas que de ellas descienden han cavado profundas barrancas que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Agua Nueva al Saltillo, terminando como es natural en la parte baja de la cañada; pero las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso se filtran con facilidad, y secándose después la tierra con los ardientes rayos del sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos y grietas que hacen intransitable aquel lugar aun para hombres que no tuviesen que atravesarlo á viva fuerza. El camino que corre al pie de las lomas, siguiendo las ondulaciones de éstas, dividía en dos partes nuestro campo y el del enemigo. Los americanos ocupaban á su derecha una loma bastante elevada, que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente á nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso é intransitable de que se ha hecho mención: por la parte oriental de esa loma pasa el camino del Saltillo. Se extendía en seguida la línea americana desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda: servían de foso á todo este frente las barrancas que tenía delante y que eran casi paralelas á él. Tenemos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable; su frente extraordinariamente fuerte, y su izquierda muy bien apoyada en las alturas. En la cadena de montañas de la izquierda había dos gargantas que pudieran facilitar el paso á tropas que, marchando por detrás de los cerros, fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó la espalda de uno de los combatientes. Pero ni el general Santa Anna ni el general Taylor pensaron en esta operación que podía haber sido decisiva.» El general Taylor dice de aquel terreno lo siguiente: «El camino en este punto se convierte en angosto desfiladero, quedando el valle á su derecha enteramente impracticable para la artillería, á causa de una serie de zanjas ó fosos profundos, en tanto que á la izquierda otra serie de altas lomas y de barrancas ó ramblas se extiende á larga distancia hacia las montañas que limitan el valle. Los pliegues del terreno inutilizaban casi por completo la artillería y caballería del enemigo, en tanto que su infantería perdía ante ellos mucho de su ventaja numérica.» El general Mora y Villamil se expresa así: «El largo valle que desde Agua Nueva conduce al Saltillo entre dos cadenas de montañas, se estrecha en este paraje, y los torrentes que bajan de ambas cordilleras han formado varias ondulaciones paralelas, que todas son perpendiculares á la dirección del camino: en el fondo de cada una de estas ondulaciones están situadas las barrancas ó torrenteras, algunas de ellas intransitables y todas extremadamente dificultosas para la caballería y aun para la infantería. El enemigo tenía ocupada una de estas lomas en la parte de la ruta que da un torno hacia el oriente, de manera que se presentaba al frente del camino por donde era necesario pasar desfilando: su flanco derecho era cubierto por una batería de cuatro piezas, la que no se podía voltear en razón del sinnúmero de profundos y escarpados barrancos situados delante de la posición en aquel paraje: en el centro y enfilando el camino, estaba colocada otra batería y dos más hacia su flanco izquierdo.» El punto principal de la defensa parece haberse elegido en la noche del 21 [1], pues durante ella, con arreglo á las órdenes del segundo en jefe norte-americano general Wool, el regimiento del coronel Hardin había levantado un parapeto en la eminencia allí existente á un lado del camino, cavado un foso y formado otro parapeto que desde el camino se extendía sobre la derecha. En la mañana del 22 se hizo cavar otro foso y levantar otro parapeto al través del camino mismo para seguridad de la arti-

[1] Seguimos desde aquí al señor Balbontín.

[1] Roa Bárcena, obra citada.

llería, dejando al pie de la eminencia lateral un portillo estrecho que debía cerrarse colocando allí dos carros cargados de piedra.

«Teniendo ya una idea aproximada de la configuración del terreno [1], cosa tan necesaria para poder juzgar con acierto y comprender la marcha de la batalla, será bueno hacer un examen comparativo de los ejércitos que iban á combatir. El americano, aunque formado por medio del enganche, se componía de gente de una civilización relativamente adelantada: su gobierno remunera ampliamente á la fuerza armada, que nunca sufre atrasos en sus haberes, porque siempre están repletas las arcas del tesoro: el vestuario es de buena calidad, los alimentos sanos y abundantes, y el sueldo más elevado que el de otros ejércitos. Aunque las instituciones de los Estados Unidos sean republicanas, la ordenanza es severa y la disciplina perfecta: la instrucción de la oficialidad es muy vasta, porque en el ejército regular no es admitido ningún individuo en calidad de subalterno, sino después de haber sido aprobado en la Escuela Militar; ascienden á los empleos superiores por su escala ó por servicios distinguidos: á los sargentos no les es permitido optar á la clase de oficial. Los generales son oficiales de mérito, que han encanecido en la carrera. La parte débil del ejército americano son los voluntarios; sus jefes y oficiales son nombrados por ellos mismos, ó por las autoridades del Estado donde se levantan los cuerpos: cuando algún individuo goza de bastante prestigio para levantar un regimiento, generalmente se hace su coronel y nombra sus oficiales: estas fuerzas son por lo regular poco disciplinadas, cometen desórdenes en el país que recorren, les agrada batirse de preferencia á la desbandada, y dejan el servicio el día que cumplen el tiempo de su empeño, aun cuando sea la víspera de una batalla: en cambio tiran bien, se baten con más encarnizamiento, si se quiere, que las tropas regulares, aunque no tengan ni su solidez ni su constancia: el gobierno americano puede levantar de esta clase de tropa el número que desee. Puesto en campaña el ejército americano, no cuenta para subsistir con los recursos que le ofrezca el país donde hace la guerra; su proveeduría, que se surte con las remisiones que le hacen ó por medio de contratas que generalmente paga al contado, se halla bien provista de sanos alimentos; de suerte que, aun en medio del desierto, el soldado se nutre como si estuviera en los centros de la población. Los trenes de carros para la conducción de municiones, de la proveeduría, del hospital ambulante, del tesoro y de los equipajes, están perfectamente arreglados; se componen de vehículos ligeros de cuatro ruedas, tirados por ocho mulas, y pueden transitar por donde lo efectúa la artillería de batalla, y seguir al ejército en sus más largas jornadas: estos trenes son de propiedad del gobierno ó contratados conforme á modelo. El armamento de la infantería de línea [1], se compone de fusil de percusión de quince adarmes, con bayoneta; se carga con bala y tres postas, siendo la pólvora de superior clase: la caballería, que puede clasificarse como mixta, ó dragones, usa mosquetón, pistola y sable, y está montada en caballos frisones. La artillería es del sistema Paixhans: sus baterías se componen de cañones de los calibres de 6 á 12 de batalla, y de obuses largos de á 24 y de 36, ó sea de quince y diez y seis centímetros: las baterías tienen carros de municiones que las siguen á todas partes para proveerlas durante el combate. En cuanto al número de tropas que el general Zacarías Taylor presentó en la Angostura, no puedo juzgar sino aproximadamente por lo que ví: los americanos se presentaron en dos líneas y su reserva; nuestros ataques fueron siempre cubiertos, con poca diferencia, con líneas de igual extensión que las nuestras. Dando á la caballería la justa importancia que debe tener, eran relativamente débiles en esta arma, y por consiguiente fuertes en infantería, cuya combinación era perfectamente adecuada al terreno que defendían. El número de cañones de batalla, muchos de ellos ligeros y todos ellos arrastrados por magníficos caballos frisones, parece que ascendía á veintiséis: parte de estos cañones podían maniobrar en lo más escabroso de aquel terreno. En resumen, el ejército americano debe haber presentado en batalla, cuando menos, de siete á ocho mil hombres, con veinte piezas, en una posición muy fuerte [2].

»Conocido algún tanto el ejército americano, pasemos á hacer un estudio del nuestro. Como es sabido, el ejército mexicano se forma por medio de la *leva;* es decir, que se toman en la calle, por la fuerza, aquellos transeuntes que por su humilde condición no oponen resistencia á la violencia que se les hace; conducidos á los cuarteles, se les obliga, bajo la vara del cabo, á emprender el manejo del arma, lo muy indispensable al servicio, y algunas evoluciones; como es muy natural, con semejante sistema no ingresa en las filas sino la gente más ignorante y abyecta del pueblo, es decir, la que menos interés tiene en defender la patria: ni la raquitis, ni el tener familia numerosa, ni el ser vicioso, son excepciones para librarse del servicio: entre la multitud de infelices que son arrancados de sus hogares, la raza indígena da por lo regular el mayor contingente. Los sueldos son cortos y mal pagados. Tropas ha habido que por muchos años no recibieron su paga completa, y muchas veces hubieran perecido á no haber apelado al trabajo corporal para ganar su preciso sustento. Suele darse vestuario lujoso á las tropas de guarnición en las grandes ciudades, para estrenarle en las grandes festivi-

[1] Balbontín, obra citada, de la que tomamos á la letra lo que sigue.

[1] El señor Balbontín escribía esto en 1848.

[2] Este número de hombres y de piezas señala también en sus partes el general Santa Anna. Según el historiador americano Ripley, ya citado, los hombres fueron cuatro mil quinientos y las piezas quince.

dades civiles y religiosas; pero las que se hallan lejos carecen á veces de lo más preciso. En el ejército que marchó á la Angostura iban batallones que llevaban á raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecían de frazadas y de capotes con que abrigarse, y cuyos chacós eran de palma, forrados de indiana. El alimento que se da á nuestros soldados consiste en un rancho no siempre bueno ni abundante, que se hace descontando á cada individuo un real diario: pero en campaña, donde faltan los recursos ó el tiempo para confeccionar el rancho, á consecuencia de las largas jornadas que se obliga á hacer á nuestra tropa, se suministra á cada soldado un pedazo de carne cruda, y unas cuantas *tortillas* ó un puñado de maíz. La ordenanza que observa el ejército mexicano es la misma que regía durante la dominación española, mas á consecuencia de las revoluciones la disciplina se halla notablemente relajada [1]: la oficialidad es heterogénea; una parte de ella sale á las filas del Colegio Militar; otra asciende de la clase de sargento y también ingresan en el ejército, no sólo en clases inferiores, muchos paisanos á quienes agracian los ministros. Entre nosotros no hay milicias voluntarias propiamente dichas,

General Zacarías Taylor

pero durante las revoluciones se suelen levantar fuerzas irregulares con distintas denominaciones, que después, por lo común, son refundidas en el ejército. Por lo que hace á la alimentación de las tropas en campaña, poco se preocupa el gobierno: puesta en marcha una fuerza cualquiera, el que la manda cuidará de alimentarla con los recursos que halle en el camino: jamás se lleva proveeduría, y aun cuando la hubiera se carecería de los medios para transportarla. En la presente campaña, las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnación, aparte de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísima galleta y unas cuantas carretas cargadas de *piloncillo* y aguardiente. Nuestro ejército no tiene trenes propios en que conducir sus municiones, equipajes, etc. Cuando marchan las tropas, embargan mulas de carga ó carros del comercio de distintos portes y construcción. El armamento de nuestra infantería consiste en fusiles viejos ingleses, de chispa, de diez y nueve adarmes de calibre: la caballería, que no puede ser más que ligera, se halla armada una parte con sable y mosquetón de chispa, y la otra, que es en mayor número, usa además la lanza: la artillería pertenece al sistema ya envejecido de *Griveauval,* con diversidad de calibre y montada sobre pesadas y toscas cureñas; carece de obuses largos,

[1] Esto se escribía en 1848.

que son de grande efecto, y se halla arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes de *pechera y bolea,* que la hacen en extremo lenta para las maniobras; ni en alcance ni en movimientos puede competir con la del enemigo. Carecen las baterías de carros de municiones apropiados para proveerlas durante el combate, haciéndose este servicio á lomo de mulas, con mil inconvenientes. El número de hombres que presentó el ejército mexicano en la Angostura está muy lejos de ser el que dice el general Taylor, como demostraré en seguida. El 19 de febrero pasó revista el ejército en la hacienda de la Encarnación con catorce mil cuarenta y ocho hombres, de los cuales, tres mil ochocientos treinta y siete eran de caballería. El general don José Vicente Miñón se separó del ejército con mil doscientos caballos, con instrucciones especiales: por lo tanto el ejército se movió de la Encarnación con doce mil ochocientos cuarenta y ocho hombres: esto es, suponiendo que desde el 19 de febrero al 21 no hubiese habido deserción, lo que no es de presumirse, mucho más hallándonos acampados, durante las veinticuatro horas de marcha, verificada una parte de ella de noche y luchando con dificultades, no creo exagerar suponiendo una baja de quinientos hombres entre rezagados y desertores. Quedaban, pues, nueve mil doscientos setenta y un hombres de infantería, número poco superior al que presentaba el enemigo: cierto que sí lo éramos en caballería, pero los esfuerzos que pudiera hacer esta arma quedaban completamente nulificados por la configuración del terreno. En cambio, la artillería del enemigo tenía gran superioridad sobre la nuestra, tanto en cantidad como en calidad, pues no podíamos contar más que con once piezas de batalla.»

Después de la acción parcial del 22 las fuerzas de uno y otro bando en el campo de la Angostura vivaquearon esa noche sin lumbradas y sobre las armas [1]. Las posiciones de nuestra derecha en la montaña fueron, durante la oscuridad, extendidas y nuevamente reforzadas con destacamentos considerables que al amanecer del 23 rompieron un fuego vivísimo sobre los rifleros norte-americanos dirigidos por el coronel Marshall, que fueron arrollados, según dice Wool en su parte, siendo necesario que el mayor Frail acudiera á reforzarlos con el segundo batallón de voluntarios de Illinois. Al examinar Santa Anna al amanecer el campo enemigo, notó que en él se habían tomado disposiciones encaminadas, al parecer, á atacar la izquierda mexicana. No siendo creible que se quisiera desaprovechar así las ventajas del terreno, y teniendo ya, por otra parte, formado nuestro jefe su plan, se decidió á mover la mayor parte de sus tropas á su derecha, escogida acaso por él para teatro principal de la batalla, como único paso posible hacia el flanco izquierdo y la retaguardia del contrario, aunque haciendo al mismo tiempo una tentativa de frente contra su centro. Adelantó, pues, tres columnas á las órdenes de Pacheco, Lombardini y Blanco, protegidas por dos baterías encomendadas al general Micheltorrena y al coronel Corona, y atacó el frente y la izquierda del enemigo; pero al notar el destrozo causado en nuestras tropas por la artillería contraria mandó suspender la marcha sobre el centro, cuyo intento parece haber sido dividir la atención de los americanos para obtener mejores resultados en las primeras operaciones emprendidas á nuestra derecha: de ellas fué encargado Lombardini, quien quedó herido en uno de los primeros choques, pasando el mando de la división á su segundo el general don Francisco Pérez, que reorganizando sus fuerzas, diseminadas á causa de las escabrosidades del campo, con ellas contuvo á las tropas del ataque de sus contrarios y cargó á la bayoneta sobre sus flancos. La infantería enemiga retrocedió en desorden dejando sin apoyo á la sección de artillería de O'Brien, que también hubo de replegarse al centro, dejando en nuestras manos una de sus piezas; los rifleros de Marshall que concurrían á la acción se declararon también en fuga, no deteniéndose muchos de ellos hasta la hacienda de Buena Vista. El enemigo había sido rechazado en su segunda línea, que ocuparon nuestras fuerzas, y la misma suerte hubiese corrido la del centro atacada por una formidable columna mexicana, si los norte-americanos al conocer el peligro no le hubiesen opuesto á todo riesgo cuantos elementos tuvieron á su disposición. Aun así, la caballería mexicana, á una parte de la cual había abierto paso la infantería de Pérez, siguió avanzando hacia el norte sin ser detenida como la infantería, y llegó al límite extremo de la retaguardia enemiga, donde habría debido darle eficaz ayuda la división de caballería de Miñón, si hubiera ocupado el puesto que le fué señalado en el plan de operaciones de Santa Anna. La que tan denodadamente avanzaba, como hemos dicho, del campo de la Angostura á la hacienda de Buena Vista, iba á las órdenes del general don Julián Juvera, y sostuvo reñida batalla con la contraria, que vió perecer á su coronel Yell en la refriega.

El señor Roa Bárcena, á quien por el momento seguimos en esta narración, halla en los partes de Santa Anna y Pérez mezcladas ó confundidas las diferentes y sucesivas operaciones del ascenso de nuestra caballería á Buena Vista y del último ataque al centro enemigo, y para mayor claridad reasume así el relato de la batalla del 23: comenzó en la tarde anterior con la invasión y defensa y la ocupación definitiva por nuestra brigada de infantería ligera, de las alturas á la izquierda del enemigo: siguió al otro día muy temprano en las vertientes de esas mismas alturas, entre nuestra expresada infantería y los rifleros de Marshall, sostenidos por las fuerzas del brigadier general Lane, jefe de toda la línea izquierda norteamericana: á las ocho de la mañana Santa Anna ensayó atacar por su frente el centro del enemigo ó sea la

[1] Seguimos en esta parte al señor Roa Bárcena.

batería de Washington, haciendo avanzar por el camino directo, ó paralelamente á él, la columna del coronel Blanco y la división de Pacheco, detenidas á poco por los fuegos de la mencionada batería: entonces la división de Pacheco fué trasladada á nuestra derecha, ó sea á la izquierda del enemigo, donde unida á la división de Lombardini y demás fuerzas mexicanas que obraban en esta parte del campo, dió y recibió diversas cargas, quitando al cabo una pieza de artillería, derrotando y haciendo huir en dispersión al segundo regimiento de infantería de Indiana, obligando á los rifleros de Marshall á retroceder más que de prisa y no sin algún desorden de las posiciones que defendían contra las tropas de Ampudia; arrojando, con lo expuesto, de su segunda línea á los norte-americanos y abriendo así camino á la columna de infantería y caballería que se formó de muchas de las fuerzas de nuestra derecha, y que por la falda de las montañas avanzó rebasando en cosa de dos millas la izquierda de Taylor hacia su retaguardia, ó sea la hacienda de Buena Vista, á que llegó la caballería: al verse esta columna atacada de frente y por su flanco izquierdo y muy alejada de su base de operaciones, efectuó un movimiento retrógrado, batiéndose con la infantería, caballería y artillería que aspiraban á cortarla y envolverla por completo, y volviendo, aunque no sin pérdidas, á la llanura de nuestra derecha: aquí organizó entonces Santa Anna su último ataque al centro enemigo trayendo de nuestra izquierda la columna de Blanco, disponiendo de todas las reservas y formando la gran columna que con el general Pérez por jefe, y á la vista del mismo Santa Anna, se batió encarnizadamente con fuerzas también considerables, dirigidas por el mismo Taylor, les quitó dos piezas de artillería y algunas banderas, y tuvo que retroceder ó detenerse ante las baterías de refuerzo de Bragg y de Sherman, y ante los fuegos de la de Washington, no sin haber puesto nuevamente en fuga á la infantería de los Estados Unidos. Todas las versiones convienen en que con este combate se terminó realmente la batalla cerca de las seis de la tarde, aunque el cañoneo se prolongó hasta cerrar la noche por completo; así como en que las fuerzas contendientes quedaron ocupando sus posiciones de la tarde. Así, pues, Taylor conservaba su centro, ó sea la fortificación levantada la noche del 21 en el Paso, la verdadera Angostura, y su tren de provisiones y bagajes en la hacienda de Buena Vista, ó sea su posición de retaguardia, habiendo perdido él y ganado Santa Anna, además de tres piezas y tres banderas, casi todo el terreno comprendido entre el expresado centro norte-americano y la cadena de montañas á su izquierda, esto es, el teatro principal de la lucha. Nuestra pérdida, según los estados del ejército, fué de quinientos noventa y cuatro muertos, entre ellos cinco jefes y noventa y dos oficiales, y unos mil ochocientos soldados dispersos. La pérdida del enemigo, según Taylor, consistió en doscientos sesenta y siete muertos, cuatrocientos cincuenta y seis heridos y veintitrés dispersos.

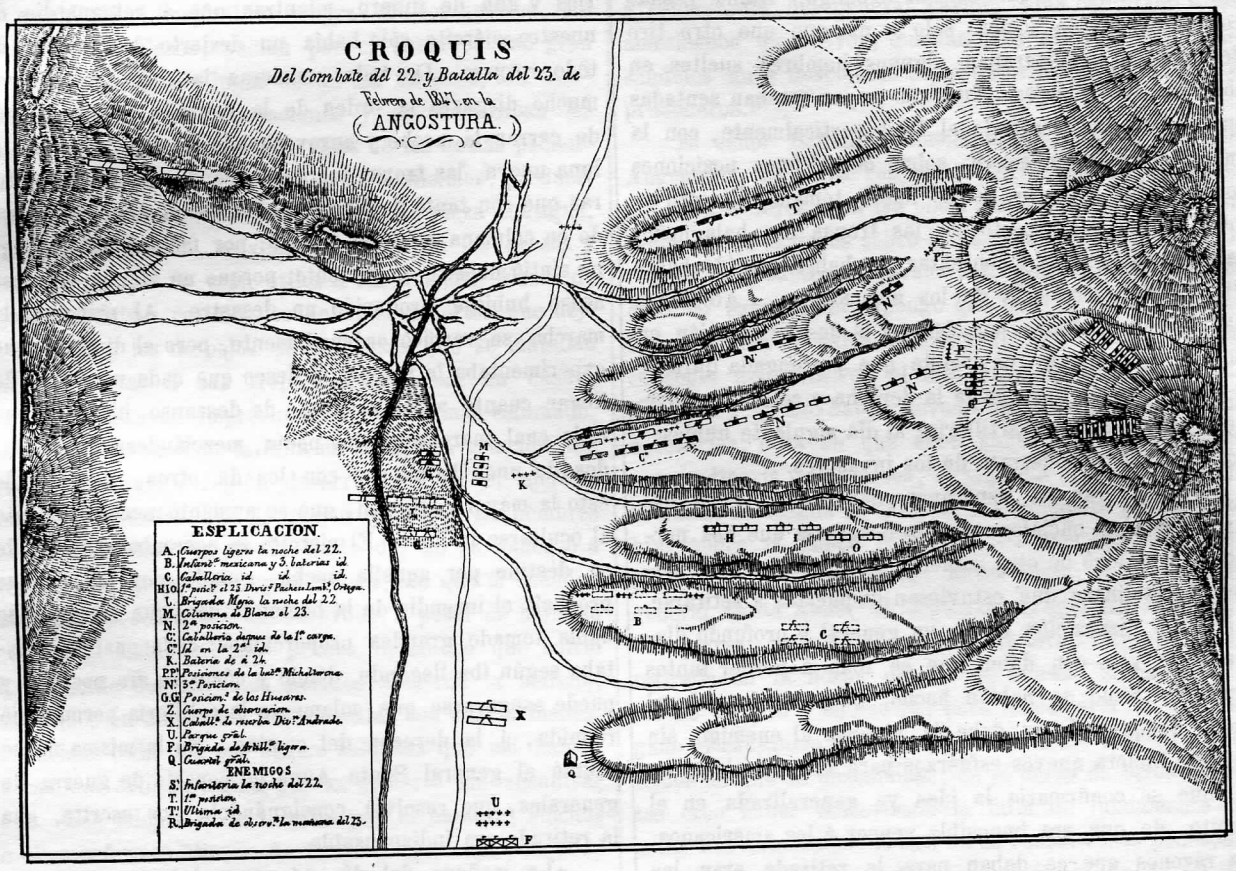
Veamos ahora cómo el señor Balbontín describe la batalla de la Angostura: «A la primera luz del día 23 la primera línea americana intentó desalojar á nuestras tropas de la altura que habían ocupado la tarde anterior, originándose un choque reñidísimo que costó á los americanos muchos muertos y la pérdida de un cañón de los que habían quedado en Monterrey. Por el camino, cubriendo la izquierda de la batalla, avanzó una columna al mando del coronel de ingenieros don Santiago Blanco, pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado ni sufrir en la inacción el fuego de la batería enemiga, hubo de variar de dirección y coronar la loma de su derecha, donde el combate se había empeñado fuertemente. Al mismo tiempo que en nuestra izquierda y centro tenían lugar estos sucesos, en la derecha era arrollado el enemigo que atacaba el cerro, á pesar de los refuerzos que había recibido: los cuerpos ligeros descendieron de la altura cargando á la bayoneta sobre los americanos, que se retiraron en desorden, sufriendo pérdidas de consideración; en esta carga nuestros soldados se manifestaron implacables, hiriendo con la bayoneta á cuantos alcanzaron; en vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos: solamente debido á la eficaz intervención de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo. En estos momentos las líneas empeñadas hacían fuego en toda su extensión, á medio tiro de fusil. La gran columna americana, que apoyaba la izquierda de la primera línea, avanzaba intrépidamente sobre nuestra derecha; pero las cinco piezas que mandaba el capitán Michelotorrena, por orden del general en jefe, hacían un fuego tan vivo y certero sobre aquella columna, que la obligaron á detenerse para reformarse. En tales circunstancias, los cuerpos ligeros desplegaron en batalla, tomando el flanco de la línea enemiga y rompiendo un vivo fuego: la columna, batida de frente, de flanco, y también por la batería de Ballarta, ya no pudo avanzar, hizo alto, y trató de desplegar de alguna manera; pero pronto entró la confusión en sus filas y se dispersó completamente, viéndose el campo lleno de fugitivos: puede decirse que entonces fué la crisis de aquella función de armas: la primera línea enemiga, viéndose desbordada por su izquierda, no pudo sostenerse y se replegó, protegida por la segunda: nuestras tropas no pudieron seguir inmediatamente, porque habían sufrido mucho y era necesario reformarlas y reforzarlas con la segunda línea, tanto más cuanto que algunos cuerpos de reclutas habían tenido gran número de dispersos; los del enemigo habían ido á rehacerse entre su segunda línea y la reserva. La brigada ligera, cuya misión debía ser la de batir las líneas americanas por el flanco, mientras que las otras

tropas las atacaban de frente, llevada de su entusiasmo, ó tal vez, por orden expresa, abandonó el puesto que ocupaba, y formada en columna siguió avanzando por la falda de las montañas de la derecha, hasta llegar á la hacienda de Buena Vista, donde halló una enérgica resistencia que por carecer de artillería no pudo vencer: tuvo, pues, que retirarse con bastante dificultad, porque el general Taylor, con tropas de su reserva, le impedía la vuelta á nuestro campo. La batería del capitán Ballarta dejó la posición que tenía, y aunque con algún trabajo logró pasar la barranca que tenía delante y avanzar hasta el centro de nuestra línea, donde desplegó en batería y rompió de nuevo el fuego: la extrema derecha quedaba, pues, sin artillería; con un poco de esfuerzo pudo haberse llevado la batería de á 12 al lugar que ocupaba la de á 8 y ésta situarla en la derecha de la batalla, para apoyarla y para cruzar su fuego con la primera: no se hizo así y la batería de á 12 apenas pudo hacer algunos disparos durante la jornada, porque en el lugar de su emplazamiento la ofuscaban las desigualdades del terreno. La caballería avanzó dividida en dos grandes columnas, siguiendo una de ellas por la falda de las montañas de la derecha y la otra por la izquierda, tomando el camino del Saltillo: en el campo quedaron algunos escuadrones de reserva; la columna que marchó por la derecha, caminó al principio sin hallar obstáculos, pero después sostuvo algunos combates hasta llegar á la hacienda de Buena Vista, donde derrotó á la caballería americana, teniendo que retroceder al ser atacada por fuerzas que sacó el enemigo de su reserva; parte del regimiento de Coraceros rebasó el campo enemigo, y le fué imposible volver por entonces á nuestras líneas.

»Durante el avance de esta columna ocurrió el episodio siguiente: el comandante de escuadrón del regimiento de húsares, don Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero, pero poniendo éste la rodilla en tierra demandó gracia; Luyando lo dejó y pasó adelante; el riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le había dejado la vida, le derribó del caballo, atravesándole con una bala: la muerte del comandante fué al momento vengada por sus soldados. La columna de la izquierda, encajonada y batida por una batería enemiga, no pudo continuar por el camino real; varió de dirección á la derecha, y pasando por retaguardia de la primera línea, maniobró por el ala derecha, sosteniendo varios combates hasta llegar á Buena Vista, de donde tuvo que retroceder ante la resistencia que se le opuso. Estos ataques aislados contra un edificio fuerte no podían producir resultados favorables: si los esfuerzos de los cuerpos ligeros y de la caballería se hubieran dirigido simultáneamente sobre los flancos y espalda de las líneas enemigas que ya combatían de frente, el éxito hubiera sido completo. Gran pena causaba ver que mientras las tropas se batían bizarramente, forzando al enemigo á replegarse, algunos cuerpos de reclutas sufrían gran dispersión, viéndose el camino de Agua Nueva lleno de fugitivos, sin que los escuadrones de reserva se ocupasen en detenerlos y organizarlos. No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero á pesar de sus esfuerzos tenía perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas desbordaron la izquierda de sus líneas. Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de dirección que se notó desde aquel momento crítico, la posición del ejército americano hubiera sido insostenible. Así sin duda lo juzgó el general Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo; probablemente era su designio irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así ganar la ciudad de Monterrey. Si aquella retirada se hubiese verificado, enorgullecidas nuestras tropas habrían cargado con mayor brío; la caballería, aprovechando los lugares escampados, no hubiera dejado reposo al enemigo, y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra, esto es, si antes de llegar á Monterrey no quedaba terminada su completa derrota. Por desgracia, nada de esto sucedió: la columna de carros que inició la retirada, sin duda tuvo noticia de la presencia de la caballería del general Miñón, y no pudiendo seguir adelante ni esperar tropas que la protegieran por hallarse todas empeñadas en la batalla, no tuvo más remedio que retroceder y formar un reducto con los carros junto á la hacienda de Buena Vista, para aumentar la resistencia: la polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote por el camino del Saltillo, hizo creer al principio que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando anteojos y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía. El general Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el ejército mexicano. Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza: ni aun los oficiales tenían con que alimentarse; por consiguiente no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre: era indispensable destruirlo con las armas. La combinación de colocar la columna de caballería del general Miñón á retaguardia del enemigo, salió contraproducente: la máxima de *á enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez: por lo demás, el general Miñón no tomó parte en la batalla.

»Serían las once de la mañana, y la lucha seguía con encarnizamiento: el número de nuestros muertos y heridos era considerable; el general Lombardini, que mandaba una división, el general don Angel Guzmán, que mandaba una brigada de caballería, y muchos jefes y oficiales habían sido conducidos á la ambulancia. Los americanos se habían rehecho de la terrible crisis

pasada, y relevadas sus líneas se aprestaban de nuevo al combate: es verdad que á pesar de sus esfuerzos no podían recobrar el terreno perdido, pero detenían en su marcha victoriosa á nuestros soldados. La lucha continuaba sin que la balanza se inclinase á uno ú otro lado; el general Santa Anna había caído con el caballo que montaba y que una bala de metralla había herido en la cabeza: el tiempo corría, el número de víctimas aumentaba y el combate no tenía trazas de cesar. Repentinamente se formó una gran tormenta que descargando abundante agua sobre los combatientes los obligó á suspender la lid. Serían las dos de la tarde. Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los campos, parecía invitarlos á la paz. Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algún tiempo: solamente nuestra batería de á 16 había entablado un duelo con otra enemiga, sin obtener resultado alguno notable. Entonces ocurrió lo siguiente: de una de las barrancas salió al camino un paisano á caballo, y á todo correr tomó la dirección de la batería enemiga; se creyó que era un explorador que trataba de refugiarse en su campo, portador de alguna noticia; pero aquel hombre, cuando se vió entre los



cañones americanos, revoleó su *lazo*, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas que por fortuna no le tocaron: era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en la artillería en calidad de conductor de parques, con carácter de sargento 2.° Su intención, según dijo, fué la de traer un yankee prendido á su *reata*, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día. Ningún documento oficial, ni aun párrafo de periódico relató este hecho del pobre viejo Villarreal, que murió después en la oscuridad y en la pobreza. El señor Balbontín, testigo presencial del suceso, quiso consignarlo en sus apuntes: así hubo en aquella lucha malhadada muchos hechos honrosos que no son conocidos. Reorganizados los americanos, acometieron vigorosamente á nuestra línea, pero después de un combate encarnizado en que pareció que agotaron sus fuerzas, tuvieron que retirarse, dejando en poder de nuestros soldados dos cañones de á 6, de fundición americana, un carro de municiones y tres banderas. En este combate se condujo bizarramente el coronel don José María Carrasco: hallándose separado del mando del 2.° ligero de infantería, á consecuencia de los sucesos de Monterrey, iba en el ejército desempeñando una comisión insignificante; mas habiendo sido muerto el comandante de batallón don Julián de los Ríos, que mandaba el cuerpo accidentalmente, Carrasco tomó la bandera, y poniéndose al frente del batallón lo lanzó sobre el enemigo obligándole á retirarse. Los coraceros que, como hemos dicho, no habían podido incorporarse á

nuestro campo después de su avance sobre Buena Vista, aparecieron en aquellos instantes en el extremo de una garganta que venía del campo enemigo: como á la distancia no pudo conocérseles, se supuso que una fuerza contraria pretendía flanquearnos: hay que advertir que no llevaban ni sus cascos ni sus corazas, y que con sus uniformes azules bien se podían confundir con los americanos: hízoseles, pues, fuego de cañón, pero el general Santa Anna, que había observado el movimiento, mandó al general don Diego Argüelles á deshacer el error y ya pudieron incorporarse los coraceros. Estos fueron los últimos episodios de la batalla del 23. Los americanos replegaron sus líneas, y las nuestras acamparon en el mismo terreno conquistado al enemigo. Había cesado completamente la acción: sólo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos en combates individuales. Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre las últimas posiciones conquistadas: á pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño; parecían satisfechas y contentas por haber vencido hasta allí la tenaz resistencia de los americanos... Atendidas las pérdidas sufridas por éstos y la desmoralización en que se encontraban, es creible que prolongada durante la noche nuestra línea hacia la derecha y colocada convenientemente nuestra artillería, al día siguiente hubiésemos consumado la derrota de los invasores.

»Estas eran las esperanzas del ejército, y así discurrían muchos oficiales: pero la desgracia que nos perseguía lo ordenó de otra manera; al anochecer se comunicó á las líneas que estuviesen dispuestas á retirarse. Semejante disposición causó un general y profundo disgusto; se veía con dolor que se iban á perder tantos sacrificios como se habían hecho; que abandonando el campo conquistado se daba la victoria al enemigo, sin que éste hiciera nuevos esfuerzos para conseguirla; y en fin, que se confirmaría la idea ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer á los americanos. Las razones que se daban para la retirada eran las siguientes: que no había que darle de comer á la tropa; que el ejército se hallaba muy fatigado, y no podría combatir al día siguiente; que si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados. Estas razones eran en extremo especiosas: si no había que dar de comer á la tropa en el campo que ocupaba, tampoco lo había en Agua Nueva, donde después permaneció acampada varios días, y seguro que con lo que allí se mantuvo pudo haberse mantenido en la Angostura: además, en la noche del 23 sucedió que algunos cuerpos que pudieron poner el rancho, no teniendo tiempo de repartirlo á causa de la retirada, lo vaciaron en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas. Una poca de previsión hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla. Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche en vez de obligarlo á andar cinco leguas hasta Agua Nueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía á perseguirnos: la misma fatiga del ejército era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba más que en el descanso: además, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entusiasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan: también sabían que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos de víveres, de vestuarios y aun de dinero, mientras que á retaguardia de nuestro ejército sólo había un desierto desprovisto de todo recurso. De todas maneras la tropa recibió con mucho disgusto la orden de la retirada. Poco después de cerrar la noche y aprovechando la escasa luz de la luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado y formando en columna sobre el camino: por fortuna el enemigo no sintió nuestro movimiento, porque un ataque vigoroso acaso hubiese producido un desastre. Al principio la marcha se verificó ordenadamente, pero el disgusto que experimentaba la tropa y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo esto la mayor confusión, que se aumentó necesariamente al ocultarse la luna. El ejército se acercaba al punto de su destino por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la hacienda de Agua Nueva, que había tomado grandes proporciones: cada cual se acostaba según iba llegando, dónde y cómo le era posible, y puede asegurarse que solamente la artillería permaneció reunida, á la derecha del camino. En la misma noche reunió el general Santa Anna un consejo de guerra de generales, que resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable.

»La mañana del día 24 se empleó en reorganizar los batallones, reuniendo los soldados de cada uno: á cosa de las diez llegó un jefe del Estado Mayor del general Taylor, en calidad de parlamentario, proponiendo entregar los heridos que habían quedado en el campo, y hacer canje de prisioneros. El general Santa Anna dispuso que se le quitara la venda, á fin de que pudiese ver el orden ya restablecido en nuestro campo, que todavía presentaba un aspecto imponente. Ya en reposo, pudieron apreciarse nuestras pérdidas que ascendían á tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres, entre muertos, heridos y dispersos, es decir más de la cuarta parte de la fuerza... El aspecto del campamento de Agua Nueva era tranquilo: la fatiga y el cansancio de los días anteriores obligaban á la tropa á permanecer en quietud; solamente la necesidad de buscar alimento

hacía discurrir á algunos de un lado á otro: dos oficiales partieron una tablilla de chocolate que comieron en crudo y sin más acompañamiento; otros cuatro se reunieron para comer un plato de arroz sin pan ni otra cosa... En el bosque, cerca de un arroyo, se habían detenido los carros que conducían los heridos; estos desgraciados, á quienes nadie atendía, clamaban con acento dolorido para que se les impartiese algún auxilio; los que habían muerto durante la noche fueron bajados de los carros, y cubiertos con sus mantas parecía que dormían. Si de aquel triste sitio se dirigía la vista á la hacienda, se contemplaba otro espectáculo más pavoroso: en la casa principal, cuyo techo había sido consumido por las llamas, se estableció el hospital de sangre: allí los heridos, sin distinción de clases, yacían por el suelo en tan gran número que no había lugar donde dar un paso; allí también se hacían las amputaciones y se practicaban las operaciones más crueles á la vista de los demás pacientes; donde quiera se elevaban ayes tristísimos, producidos por los más acerbos dolores. En una pieza contigua, también destechada, se veían amontonados los brazos y piernas que ya no eran útiles á sus dueños. Fuera de aquel tristísimo recinto, los animales muertos que dejó el enemigo y los despojos de las reses que se mataban para alimentar á las tropas completaban un cuadro lúgubre, capaz de impresionar al ánimo más esforzado. La mala alimentación, la falta de abrigo en estación tan cruda en aquella región desarrollaron en el ejército fuertes disenterías que la mayor parte de los hombres padecían. A las dos de la tarde del 26 se comenzó á levantar el campo de Agua Nueva, sin que el enemigo hubiérase presentado á hostilizarnos, á pesar de hallarse á tan corta distancia: esto prueba lo mucho que sufrió en la batalla del 23. Los heridos abrieron la marcha, conducidos en angarillas improvisadas con cuatro fusiles, conducidas cada una por cuatro soldados que así habían de caminar catorce leguas por un desierto sin encontrar agua. Los soldados, debilitados por el hambre, muchos de ellos enfermos, llenos de fatiga y desaliento, bajaban al suelo la carga para tomar descanso, y otros, desertando, abandonaban definitivamente al paciente: por esta causa se veía el camino lleno de cansados, de heridos y aun de muertos. A la hilera de parihuelas seguían los carros y algunas carretas de bueyes que se habían embargado, haciendo un ruido estridente con sus enormes ruedas. La noche llegó pronto: un viento helado pasaba sobre las cabezas el polvo sutil que la columna removía al marchar. La luna pálida, que parecía correr locamente á través de las nubes, iluminaba apenas aquella escena sombría y silenciosa, contrastando con la roja luz de bosques enteros de palmas convertidas en llamas á consecuencia del fuego encendido la noche del 21, que se había propagado sin obstáculos... Pronto las tropas que marchaban á retaguardia alcanzaron y rebasaron el convoy de heridos, produciendo la confusión consiguiente; la luna se ocultó y la oscuridad aumentó el desorden; los pobres heridos fueron víctimas de mil actos inhumanos... A la una de la madrugada comenzó á llegar á la Encarnación la vanguardia del ejército, sucediendo, como en Agua Nueva, que cada cual se colocó cómo y dónde pudo. A aquella noche también se le debió llamar con razón *Noche Triste*. El ejército continuó su marcha mortificado por la sed, la alimentación mala y escasa, y las enfermedades, dejando regado el camino de cansados y muertos, y el 12 de marzo entró en San Luis después de cuarenta y cuatro días de haber salido de esa ciudad para la Angostura. En San Luis se tuvo noticia de que el general don José Urrea, que operaba en Nuevo León, á retaguardia del general Taylor, había capturado á los americanos un convoy, quemándoles cien carros y causándoles unas doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.»

El señor Balbontín concluye sus apuntes sobre la Angostura, de cuyo relevante mérito pueden ya juzgar nuestros lectores, con las observaciones siguientes: «No tengo datos seguros sobre la pérdida que sufrió el ejército en su desastrosa retirada á través del desierto, pero creo no exagerar si supongo que pasó de tres mil hombres, la mayor parte desertores. Dos causas en mi concepto determinaron el mal éxito de esta expedición; la primera el no haber llevado las provisiones de boca necesarias, falta en que debe haber influido la escasez extraordinaria de recursos; la segunda el haber carecido el día de la batalla de la artillería suficiente para maniobrar sobre el flanco izquierdo del enemigo y á su espalda cuando fué envuelto. Estas faltas, que cometió el general Santa Anna, al organizar el ejército, las pagó bien caras, dejando escapar la victoria. Respecto á la retirada en la noche del 23 de febrero, se ha hablado mucho en pro y en contra; para disculparla se ha alegado el cansancio de la tropa, la falta de alimento y el temor de que se desbandase; en el curso de estos apuntes creo haber demostrado la falta de fundamento de estas aseveraciones. Acaso otras razones más poderosas pesarían en el ánimo del general Santa Anna: tal vez alarmado con las grandes pérdidas que el ejército sufrió el 23, y principalmente con la dispersión de algunos cuerpos, dudó del resultado de una nueva batalla, y tomando en consideración que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia hasta el corazón del país. Sin duda que para el hombre que llevaba sobre sí tan grande responsabilidad las razones expuestas debían ser de mucho peso, y creo que la historia deberá tomarlas en cuenta al juzgar en este caso al general Santa Anna: pero pensando que los grandes esfuerzos y sacrificios que la nación y el ejército habían hecho, quedarían sin fruto alguno si no se completaba la derrota del general Taylor; que era oportuno

y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas y la buena moral de las tropas; que una retirada á través del desierto costaría tal vez más que una batalla perdida; que en el caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos; que aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto, si inutilizábamos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas á retaguardia, y en fin, que suponiendo perdida la supuesta batalla no causaría otros males que aumentar algo las calamidades que se desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debió haber arriesgado una batalla el día 24. Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso hasta las orillas del Bravo. El armamento y los almacenes quitados al enemigo hubieran provisto á la nación para la continuación de la guerra. El ejército habría aprendido á vencer á los americanos, y el general Santa Anna hubiese vuelto á ser para la República lo que fué en 1829. Mas la retirada de la Angostura fué su muerte política. Pudo haberse evitado la batalla de la Angostura volteando la posición. El ejército, marchando por el camino que siguió el general Miñón ú otro practicable, para salir más allá del Saltillo, habría obligado al enemigo á abandonar sus posiciones y á combatir con desventaja en otras, para no verse expuesto á quedar cortado de su base de operaciones y de su línea de retirada.»

La excepcional importancia de la batalla de la Angostura, los contradictorios juicios formados de ella, y el deseo de presentar en estas páginas el mayor número de documentos que permitan á sus lectores guiarse en su opinión, nos inducen á dar aquí cabida, contra nuestra costumbre, á los partes oficiales á ella relativos, haciéndolo así con el suscrito por Santa Anna en el Rancho de San Salvador el 27 de febrero, y con el de Taylor extendido en Agua Nueva el 6 de marzo. Dice así, en su parte de mayor interés, el del general en jefe mexicano:

«Por las comunicaciones anteriores á mi salida de San Luis, el Supremo Gobierno estaba impuesto que el ejército de mi mando no comenzaría sus operaciones sino hasta que concluyese el invierno, porque conocía por experiencia el rigor de este clima, que carece de habitaciones, de víveres, de abrigos y aun de leña: me proponía seguir organizando, instruyendo, armando, vistiendo al ejército; y en una palabra, dar una forma militar á estas fuerzas que acababan de reunirse. Mis proyectos no pudieron sazonarse: la escasez de recursos pecuniarios vino á embarazar todas las disposiciones: el soldado que dispuesto á combatir al enemigo no tuvo socorros en un mes, y tal vez le hubieran faltado hasta los alimentos, si no hubiese sido por los esfuerzos de los jefes de los cuerpos, preveía que abrumado de la necesidad abandonase sus filas. Al paso que estas gentes beneméritas sufrían toda clase de penalidades, algunos escritores, por ignorancia, por irreflexión, por espíritu de partido, ó si se quiere por un patriotismo mal entendido, se empeñaron en trastornar los proyectos que hubieran sido útiles; así que dispararon contra el ejército y las personas en particular los tiros más injustos; se les hacía cargo porque no marchaban al combate, y lo imputaban á falta de decisión, añadiendo que amenazaban más á la libertad que á los enemigos en la posición que ocupaba el ejército en el cuartel general de San Luis. En los clubs de esa capital se trabajaba á la vez con el más ardoroso empeño en obligar á este mismo ejército á que fuera instrumento de una revuelta cuyos conatos frustré tomando con oportunidad algunas medidas. Hubo escritor que llevó la osadía hasta el extremo de suponerme coludido con el enemigo: ¡á mí me podrán, si gustan, atribuirme errores, pero que todos mis antecedentes no descubren sino el más acendrado patriotismo! Traidores son los que pretenden desvirtuarme, así como al ejército á quien baldonan, para que no puedan utilizarse nuestros esfuerzos en servicio de la patria. Una fatalidad parece que guía los destinos de la nación é impide que se junten todas las voluntades en la defensa común. ¡Ceguedad lamentable, porque cuando los ánimos deben reunirse y marchar todas las voluntades al mismo fin, entonces es cuando se suscita la división y la desconfianza! Víme, pues, por todo precisado á mudar de resolución, y en la segura persuasión de que el ejército sería destruído si continuaba la escasez, y que lo sería ignominiosamente, pues ya comenzaba una escandalosa deserción, me resolví á que al menos lo fuese con gloria: no tenía auxilios: para buscarlos comprometí mi fortuna particular, mi crédito y el de mis amigos: todo esto me proporcionó una cantidad de ciento ochenta mil pesos, con los que se pudieron dar doce días de haber al ejército. Sabía muy bien el país que debía atravesarse, la necesidad que teníamos de llevar provisiones, y sentía de antemano por el soldado el rigor de la estación; todo se tuvo que despreciar para salvar el honor y poder hacer un buen servicio á la nación.

»El ejército se movió de San Luis por brigadas, á fin de proporcionar los cortos auxilios que concediera el territorio por donde transitásemos; la fuerza consistía en 13,432 soldados de infantería, divididos en veintiocho batallones; 4,338 de caballería en treinta y nueve escuadrones, y en un tren de artillería de tres piezas de á 24, tres de á 16, cinco de á 12, cinco de á 8, y un obús de á 7 pulgadas, servidas por 413 artilleros; todo lo que formaba un total de 18,183 hombres: de esta fuerza quedó en San Luis la guarnición de sus fortificaciones; las que dispuse para las poblaciones del tránsito; dos escuadrones para que escoltasen un corto parque de reserva, que era el único que tenía; una brigada de infantería compuesta de dos batallones á las órdenes del general don Ciriaco Vázquez, que quedó de reserva en Matehuala y de observación para Tula, y una brigada de caballería al mando del general don José Urrea debía partir del referido Tula para hacer movimiento por Tamaulipas hasta las inmediaciones de Monterrey, y llamar por allí la atención del enemigo: el punto de reunión había de ser el más inmediato á éste, para que no se juntase mucha tropa en el terreno en que se hacía la marcha, que, como he dicho, no permite arbitrios; así que determiné fuese en la hacienda de la Encarnación, que suponía ser la penúltima jornada. Allí pasé revista al ejército, el que por las enfermedades y la deserción había perdido mil hombres; las primeras originadas por la cortedad y mala calidad de los alimentos, particularmente el agua, que es salobre y escasa, por las nevadas y el desabrigo de la tropa, que tuvo que estar siempre al vivac y careciendo aún de leña: estas nevadas me obligaron á suspender la marcha dos días,

hasta que serenase un poco el tiempo, porque el frío causó la muerte á varios soldados y caballos, y debía de todas maneras tratar de disminuir las pérdidas: tantas penalidades no harán extraño el número de desertores que hubo hasta la Encarnación, y se aumentó después, atendiendo también á que el ejército casi en su totalidad acababa de formarse, y como se sabe, colectado de gentes á quienes por la violencia se sacan de sus hogares, su total consistía para marchar en 14,048 hombres, 4,000 de ellos de caballería.

»Del enemigo sabía, por algunos avisos, que estaba fortificado en la hacienda de Agua Nueva con 6,000 hombres y treinta piezas, resuelto á defender los desfiladeros que se conocen con el nombre de puertos del Carnero y de Agua Nueva. Los americanos no sabían á punto fijo la marcha del ejército, porque aunque vinieron á tirotearse con nuestras avanzadas en la Encarnación, y con frecuencia hubo pequeñas escaramuzas en los mencionados puertos, suponían que eran exploradores de la primera brigada de caballería al mando del general don José V. Miñón, que tenía avanzado hasta la hacienda del Potosí. Bajo estos conceptos tomé mis disposiciones.

»La intención que tenía era interponer las fuerzas de mi mando entre las del enemigo y el Saltillo, para obligarlo á un combate desventajoso con sus comunicaciones interrumpidas, y si no salía de sus fortificaciones poderlo sitiar en Agua Nueva. Este proyecto debía verificarse, ó podía de tres maneras: ya marchando por el camino directo de distancia de veinte leguas, ya tomando por la derecha por la Hedionda á salir de Buenavista, ó dirigiéndose por la izquierda á la Punta de Santa Elena, para ocupar la hacienda de la Vaquería y de allí el camino del Saltillo. Estas dos últimas marchas eran irrealizables para el ejército, porque tenían que hacerse en tres ó cuatro jornadas, careciendo de víveres, forrajes y agua: así me resolví á ejecutar la operación por el camino recto, forzar las posiciones, y habiendo pasado el último puerto, hacer una conversión por la izquierda para ocupar el rancho de la Encantada, con el objeto de procurarnos el agua, de la que no teníamos ninguna en más de diez y ocho leguas. Todo lo favorecía la ignorancia en que estaba el enemigo acerca de nuestra marcha; pero aun la desgracia nos persiguió en esto: un desertor del regimiento de Coraceros, nativo del Saltillo, llamado Francisco Valdés, se pasó al enemigo desde la Encarnación, y le dió parte del movimiento: ¡la execrable traición de este infame frustró las mejores combinaciones!

»El día 21 mandé que se rompiera la marcha á las doce del día, tomando la vanguardia los cuatro batallones ligeros á las órdenes del general don Pedro Ampudia, á quien, así como á otros jefes que están sumariados por los sucesos de Monterrey, no tuve embarazo de darles parte en estas jornadas, ya porque los he supuesto inculpables, y también cediendo al ardoroso empeño con que se manifestaron dispuestos. A esta brigada siguió una de artillería de piezas de á 16, con el regimiento de ingenieros y su tren: después el parque correspondiente y el regimiento de Húsares: en seguida la primera división al mando del general don Manuel Lombardini, con otras cuatro piezas de á 12 y el parque: continuaba la segunda división al mando del general don Francisco Pacheco, con cuatro piezas de á 8 y su parque: venía después toda la caballería á las órdenes del general don Julián Juvera, detrás el parque general restante y los ranchos, cubriendo la retaguardia una brigada de caballería al mando del general don Manuel Andrade.

»En este orden de marcha debía hacer el ejército las primeras catorce leguas que hay desde la Encarnación á un campo que se llama de la Guerra, el cual está situado delante del primer desfiladero conocido por el puerto de Piñones. En este campo se pasaría el resto de la noche en el mismo orden de columna; la tropa había comido el rancho, y dí la orden de que se proveyesen las caramañolas de agua, puesto que no la encontrarían sino hasta el día siguiente, después de haber vencido al enemigo en Agua Nueva, tres leguas más adelante del referido puerto de Piñones: yo con mi Estado mayor y la brigada de ingenieros ocupé la vanguardia un poco detrás de las tropas ligeras. Llegado al campo de la Guerra continué la marcha para pasar el desfiladero de Piñones, lo cual ejecutado hice que la brigada ligera tomase posición en el puerto del Carnero, en donde la tiroteó alguna de las avanzadas del enemigo; en esta disposición pasamos la noche.

»Al amanecer del 22 continuó el ejército su marcha en la persuasión de que tomaríamos á viva fuerza el puerto de Agua Nueva, que creía fuese defendido por el enemigo; mas con sorpresa ví que estaba abandonado: entendí, pues, que las fuerzas americanas se habrían retirado á sus fortificaciones en la hacienda para concentrar todos sus esfuerzos al abrigo de los campos atrincherados, que estaba informado tenían construídos á la inmediación, lo que en efecto era cierto respecto de uno: bajo este concepto seguí la marcha para tomar por la izquierda, y dirigirla para el rancho de la Encantada, que, según dije antes, está sobre el camino del Saltillo, interpuesto entre esta ciudad y Agua Nueva, á unas cuatro ó cinco leguas de distancia de ambos puntos. Hasta entonces nadie se me había presentado, ni lo hizo después persona alguna, á excepción de un mozo de Agua Nueva que me refirió había evacuado el enemigo su posición desde el día anterior, con dirección al Saltillo, y que en esa misma mañana quedó enteramente desocupada la hacienda, retirándose una corta fuerza que escoltaba gran cantidad de parque; con este movimiento quedaron sin efecto mis primeras disposiciones y proyectos, que se fundaban en la resistencia que me habían de oponer; mas todavía no desesperancé el tener éxito, porque anticipadamente tenía prevenido al general don José V. Miñón, para que con la brigada de caballería á su mando, fuerte de 1,200 hombres, estuviese situado en la mañana del 22 en la hacienda de Buena Vista, á tres leguas cortas del Saltillo. Esta fuerza detendría la marcha del enemigo, ó cuando menos lo pondría en espectativa dándose lugar á que llegase la del ejército: por lo mismo, se continuó el movimiento, sin detenerse otro tiempo que el necesario para beber agua sobre el camino. La brigada ligera avistó la retaguardia de los americanos, y mandé que cargase en unión del regimiento de Húsares, puesto que debía creer iba en una marcha muy precipitada, porque en la carretera quedaban algunos de sus enseres, tales como carros, atalajes, útiles de fragua, ruedas de respeto y otros diversos objetos que se fueron recogiendo. En consecuencia de los diferentes partes que recibía, providencié que avanzase la caballería, porque creí poder dar alcance á la retaguardia, poniéndome yo á la cabeza de toda esta tropa.

»Llegado que hube á un paraje que se llama la Angostura, encontré que el grueso del enemigo aguardaba en posición. El camino desde el puerto de Piñones al Saltillo, corre entre dos cadenas de montañas que forman este desfiladero, el del Carnero y el de Agua Nueva: se ensanchan desde esta hacienda y vuelven á

estrecharse en la Angostura, donde torna el camino hacia la derecha; en esta localidad hay una sucesión de lomas transversales á la ruta, y entre éstas existen barrancas que llevan las aguas de la serranía de la derecha, las cuales son más ó menos transitables, pero todas muy difíciles. La posición enemiga estaba delante y detrás del camino; su derecha y el frente se hallaban cubiertos por una porción de barrancas intransitables aun para la infantería; en el punto más culminante tenían situada una batería de cuatro piezas; sobre la loma se veían formados los batallones con otras dos baterías, una de éstas quedaba colocada en la parte baja del camino entre dos lomas y en todo me pareció haber visto sobre 8,000 hombres con más de veinte piezas, que los prisioneros enemigos fijaron en veintiséis, y en más de 8,000 los combatientes.

»Reconocí la posición y situación del enemigo; mandé que lo verificase igualmente el Excmo. Sr. director de ingenieros, general don Ignacio de Mora y Villamil, y cerciorado de lo fuerte que se hallaba el invasor, me fué preciso detenerme para aguardar la infantería, tomar posición ó combatir según fuese necesario. En este intervalo advertí que una altura por su flanco izquierdo había descuidado ocuparla: sin pérdida de momento dispuse que la brigada de tropas ligeras al mando del general Ampudia se situase en ella, y la conservara á toda costa.

»A medida que las brigadas iban llegando, las situaba en dos líneas en una loma que daba frente á la del enemigo, quedando intermedia otra entre nuestras posiciones, la 1.ª división de infantería al mando del general Lombardini y la 2.ª de la misma arma al del general Pacheco. Dispuse que el general Mora y Villamil, en unión del comandante general de artillería don Antonio Corona, situase una batería de piezas de á 16, sostenida por el regimiento de ingenieros, cuya colocación rectifiqué. Otras dos baterías de piezas de á 12 y de á 8 las demarqué yo mismo. La caballería al mando del general Juvera quedó á la retaguardia por la derecha, y en el flanco izquierdo también á retaguardia el regimiento de Húsares: en este mismo flanco había una altura que mandé ocupar por el batallón de León. El parque general á retaguardia, cubierto por la brigada del general Andrade, y entre este parque y las líneas de batalla se situó mi cuartel. Estas disposiciones, como debe suponerse, tardaron en ser ejecutadas, porque las tropas llegaban á sus posiciones después de una marcha de más de veinte leguas. No era, pues, hora de combatir, y quedó el ejército sobre las armas, siendo de advertirse que tan luego como el enemigo conoció que se ocupaba la altura que estaba á su flanco izquierdo y derecho nuestro, destacó dos batallones para desalojarnos, lo cual dió lugar á un reñido combate que duró toda la tarde hasta después de oscurecer, en el cual fué rechazado, sufriendo una pérdida como de cuatrocientos hombres, según declaración de los prisioneros: la nuestra fué mucho menor, atendiendo que ocupábamos el lugar más ventajoso.

»Al amanecer del día 23 monté á caballo; el enemigo no había variado su anterior disposición, y estaba prevenido para recibirnos; sólo advertí una diferencia, y fué que por su derecha y bastante lejos de la posición tenía formados en batalla dos cuerpos de infantería y una batería de cuatro piezas, como con el intento de amenazar nuestro flanco izquierdo; pero esto desde luego conceptué que era un llamamiento falso, porque nunca hubiera dejado á su retaguardia el accidente del terreno, que era lo que puntualmente hacía formidable aquel puesto, que consistía en un tejido de barrancas intransitables de que hablé antes; por lo mismo no hice caso de ese aparato de fuerza y me decidí á mover las mías por la derecha. A este propósito adelanté la división al mando del señor Lombardini y la del general Pacheco, moviéndolas por la derecha: al general don Manuel Micheltorrena le mandé que situase la batería de piezas de á 8 por nuestro flanco derecho, para que oblicuase sus fuegos sobre la línea de batalla enemiga, y que se mantuviese con los oficiales de plana mayor de su mando á esperar mis órdenes. Las dí al general Ampudia, para que con la brigada ligera cargase por el flanco izquierdo, y hacia el derecho del enemigo mandé al señor Mora Villamil para que se formase una columna de ataque compuesta del regimiento de Ingenieros, batallón número 12, fijo de México, compañías de Puebla y de Tampico, al mando del coronel don Santiago Blanco. Dispuse asimismo que el comandante general de artillería don Antonio Corona colocase la batería de piezas de á 12 en una posición más dominante y quedó en reserva la 3.ª división al mando del general graduado don José María Ortega.

»En cuanto el enemigo percibió nuestros movimientos, dió principio á la batalla por todas partes, la que se sostuvo con bastante energía atacando con denuedo á nuestras tropas: éstas contestaron con la debida decisión haciéndolo retroceder y persiguiéndolo, á cuya sazón perdí mi caballo, que fué herido de una bala de metralla, teniendo que emplear algún tiempo para poder montar otro. Como el enemigo había cejado, hice avanzar la caballería para que cargase; pero aun cuando ésta lo hizo con esfuerzo, habiéndoles mandado varias recomendaciones á los generales de las divisiones y de las brigadas, entre éstos al general don Angel Guzmán, y que todos, así como su tropa, se condujeron con resolución, no pudieron vencer las dificultades del terreno; después de haberse batido con honor, se vieron obligados á volver á sus puestos, así como le sucedió á nuestra infantería con varias alternativas.

»La batalla, que comenzó á las siete de la mañana, se prolongaba por muchas horas, aumentándose á cada momento las pérdidas: ya habían sido muertos muchos oficiales y tropa, y heridos bastante número de jefes y oficiales distinguidos, entre ellos los señores general Lombardini, tenientes coroneles Brito, Galloso y otros varios: entre los primeros se contaba á los tenientes coroneles Asoños, Berra y diferentes beneméritos jefes y oficiales, cuya pérdida lamentará siempre la patria. El enemigo defendía su terreno con la mayor obstinación, tanto, que algunas de nuestras tropas se vieron obligadas á detener sus ataques, y muchos soldados, como bisoños y acabados de llegar á las filas, se dispersaron: sirva esto de mérito para los que nunca paralizaron sus ataques, y para deducir lo reñido de la acción. Así permanecían las cosas, cuando me propuse hacer el último esfuerzo; á ese fin mandé montar una batería de piezas de á 24, y que la columna de ataque que estaba dispuesta por nuestro flanco izquierdo, la cual ya no tenía objeto, viniese al derecho; que allí se reuniera á los restos del regimiento número 11 con el batallón de León y las reservas, todo al mando del general graduado don Francisco Pérez. Esto lo ejecuté en persona, y después mandé al general Mora y Villamil que le comunicase mis últimas disposiciones; y ya le tenía prevenido al expresado general Pérez que con aquella tropa, así como al general Pacheco con la suya, se batiese al enemigo hasta la extremidad, habiendo previamente mandado que la batería de á 8 avanzase para tomar de flanco

á la línea enemiga. Esta dió la carga resuelta y atrevidamente; se le contestó con el más animoso vigor, haciéndole un fuego tan nutrido que causaba admiración: los americanos no pudieron sostenerse; fueron rechazados y vencidos, habiéndoseles quitado tres de sus cañones, igual número de banderas, de las cuales dos remití ya con el primer parte á esa superioridad; y la otra, que entonces por una equivocación no hice mérito de ella, se dedicará al honorable Congreso del Estado de San Luis Potosí, como un testimonio de la gratitud del ejército, y de una muestra de aprecio con que ha visto todos los sacrificios y servicios que le han dispensado con tanta generosidad y patriotismo. Además, se les quitó una fragua de campaña y otros pequeños objetos que no menciono. La caballería, á la que hice cargar, y que lo verificó valerosamente, llegó hasta las últimas posiciones; en éstas, ya ni por el terreno, ni por el cansancio y fatiga en que se encontraban la tropa y caballos, me pareció prudente intentar desalojarlos: la batalla terminó á las seis de la tarde, quedando nuestras tropas formadas en el campo que había sido ocupado por los americanos. Este último esfuerzo de nuestra parte hubiera sido decisivo á lo que comprendo, si el señor Miñón concurriera á la batalla por la retaguardia del enemigo; mas no habiéndose así verificado, me veré en la dolorosa necesidad de mandar se sujete á un juicio para que explique su conducta. Una acción tan disputada necesariamente había de causar considerables pérdidas: la nuestra consistió en más de mil y quinientos hombres entre muertos y heridos; la del enemigo fué mucho mayor, pues tuvimos lugar de ver el considerable número de sus cadáveres.

»La formidable posición que ocupó el enemigo fué la única circunstancia que lo salvó; de otra manera la victoria hubiera sido completamente decisiva á pesar de la obstinada resistencia con que se condujo; pero no obstante, este triunfo tendrá resultados favorables á la causa nacional, porque hará conocer todo lo que puede hacerse cuando se unan los ánimos, y coadyuvemos al mismo fin.

»El ejército ha hecho más de lo que pudiera esperarse en un orden natural: acaba de formarse, aún no tiene adquirida la disciplina y la costumbre militar; se dirige al combate venciendo dificultades que arredrarían el ánimo más esforzado; después de una marcha de veinte leguas sin agua en diez y seis de ellas, sin otro alimento que un solo rancho tomado en la hacienda de la Encarnación, sufrió una fatiga durante dos días, combatiendo, y al fin triunfando. Con todo, las fuerzas físicas estaban apuradas: esta certeza, y la obligación en que me hallaba de atender á tanto número de heridos, me decidieron, después de haber permanecido algunas horas en el campo de batalla, á situarle en Agua Nueva, para atender allí á la reparación y alivio del soldado.

»El enemigo quedó tan impuesto, que no se presentó á nosotros en tres días: vino sí un parlamentario á proponerme, de parte del general Taylor, un canje de prisioneros, y á que mandase por los heridos que quedaron en el campo: me manifestó los deseos que tenían los americanos de que se restableciese la paz. Yo le contesté, para que lo hiciese saber á su general, que nosotros sosteníamos la más sagrada de las causas, cual era la defensa del territorio, y la conservación de nuestra nacionalidad y derechos: que no éramos los agresores, y que nuestro gobierno jamás había ofendido al de los Estados Unidos: que nada hablaríamos de paz mientras los americanos estuvieran de este lado del Bravo, ocupasen alguna parte del territorio mexicano, ó bloqueasen nuestros puertos: que estábamos decididos á perecer, si necesario fuese, en la demanda, ó vindicar nuestro honor y derechos: que no siempre la fortuna les sería favorable, y que el 22 y 23 conocieron por experiencia que puede tener mudanzas: que los americanos nos hacían una guerra de vandalismo, cuyo exceso repugnaba á los sentimientos de humanidad que debía demostrar una nación civilizada á otra también civilizada; que saliese del aposento, y vería humear todavía las habitaciones de Agua Nueva (lo que en efecto era cierto), población pequeña en otro tiempo, pero en proporción bastante floreciente: que los mismos vestigios de desolación encontraría por el camino ejecutados en su retirada: que se alejase un poco á Catana, y oiría los gemidos de las viudas y huérfanos de víctimas inocentes sacrificadas sin necesidad. Por lo que hace acerca de los heridos que me invitaba mandase por ellos, le contesté que serían aquellos que por muy graves no pudieron levantarse del campo de batalla, ó los que por muy avanzados quedaron en las barrancas; que no teniendo yo medios de conducción, podían llevárselos al Saltillo, bajo la protección del derecho de gentes: por lo relativo á los prisioneros de que se proponía canje, ignoraba cuáles pudieran ser, á menos que algunos dispersos, ó que se quedarían dormidos por la fatiga de los días anteriores sin percibir nuestro movimiento; contestando, pues, á la cortesía del general enemigo, ejercida con relación á los heridos, consentí, en nombre de la nación, en devolverle todos los prisioneros, así los de la batalla, como los de la Encarnación. Asimismo concedí al parlamentario, que era un oficial superior de recomendable figura y modales, que le desvendasen los ojos, y expresamente le hice saber que le acordaba este honor. Eso lo mandé ejecutar con el fin también de que pudiera ver el campo y nuestra tropa.

»Como he dicho en el párrafo anterior, estuvimos en la hacienda tres días; pero noventa reses, único auxilio con que contaba, se habían consumido el día 25; los caballos tampoco tenían con que alimentarse; los heridos, por más eficaces esfuerzos y providencias que dicté, á muchos no se les había hecho sino la primera curación, y á algunos cuantos todavía ninguna. Por efecto del riguroso clima, los malos y escasos alimentos, la falta absoluta de pan, la pésima calidad del agua en los anteriores vivaques, estaba declarada en el ejército una enfermedad de estómago que había atacado á nuestra tropa y oficiales, y estaban imposibilitados al menos la mitad de los que componen el ejército: conocía que el retrogradar á nuestras antiguas posiciones era un paso inevitable: con todo y que cuanto nos rodeaba persuadía esa necesidad, mi ánimo se resistía á ejecutarlo, no por otra cosa sino porque estaba previendo que ya fuese por ignorancia, por malicia ó por presunción, se había de criticar la contramarcha; y los que no estaban presentes en la situación, tal vez supondrían al ejército en la posibilidad de continuar las operaciones. Si seis días antes, no habiendo sufrido tanto la tropa, no combatido dos días continuados, no teniendo el embarazo de los enfermos y heridos, estando la moral y la salud entera, no me pareció prudente mover el ejército por la derecha ó la izquierda, para que no se aumentasen las marchas y las dificultades, ¿cómo hubiera sido posible seguir operando después de todas las ocurrencias subsecuentes? Mas digan lo que quieran los detractores, el ejército, así como yo, responderemos siempre de nuestra conducta, con nuestros deseos y con la notoria imposibilidad de cumplirlos; sin embargo de mi convencimiento, quise oir la opinión

de los generales y la de algunos jefes, por si pudiera ocurrírseles algún recurso que á mí no se me presentaba: sin hacerles conocer mi concepto, escuché los suyos, y todos unánimes, y cada uno de ellos en lo particular, manifestaron y demostraron por diversos caminos, si bien su buena voluntad, la necesidad en que estaba el ejército de contramarchar, para lo que de ningún modo era obligado por el enemigo: después de haberlos oído, fué cuando les manifesté mi resolución de acuerdo con sus opiniones, formando una acta de la junta, que tuve el honor de remitir á ese ministerio con fecha 25.

»El día 26, habiendo previamente dado aviso al general Miñón para que siguiese el movimiento, emprendió el ejército la retirada para ocupar las primeras poblaciones que facilitan recursos, tales como la hacienda de San Juan de Venegas, Catorce, el Cedral y Matehuala, así como Tula: aun dudo que en ellas podamos atender á los enfermos, heridos y al restablecimiento de las pérdidas que hemos sufrido en estas fatigosas jornadas.

»La nación, á quien se le ha procurado un triunfo á costa de tantas penalidades, conocerá que si en medio de los inconvenientes de todas clases se pudo vencer, no será dudoso el éxito en la lucha que sostenemos, si se reunen los ánimos al único y sagrado fin de la defensa común; para hacer la guerra no basta, como creen muchos, un determinado número de hombres; es preciso que se armen, que se equipen, se disciplinen y acostumbren, y que se provea al sostenimiento regularizado de esas fuerzas organizadas; téngase presente que debemos combatir en un país que carece de todos recursos, y que para la subsistencia se necesita llevar todo con los combatientes: no basta la buena voluntad de algunos pocos, sino que se necesita la cooperación de todos; si no dejamos á un lado mezquinos intereses y pequeñas pasiones en obsequio de la causa nacional, no debemos aguardar sino desastres. Al ejército y á mí que lo he conducido, nos toca la satisfacción de haber demostrado esta verdad.»

Véase ahora el parte circunstanciado del general Zacarías Taylor sobre la misma batalla de Angostura:

«Cuartel general del ejército de operación.—Agua Nueva, Marzo 6 de 1847.

»Señor.—Tengo el honor de presentar á V. el parte detallado de las operaciones de las fuerzas que han obrado á mis órdenes en la contienda de Buena Vista, de la retirada del ejército mexicano y de la reocupación de estas posiciones. Los informes que recibí, de que una fuerza mexicana de consideración se estaba concentrando y adelantaba hacia mi frente, llegaron á parecerme de tal manera probables, que me indujeron á hacer un examen especial y minucioso para averiguar su exactitud. Una partida pequeña de espías tejanos á las órdenes del mayor Mc Culloch, que despaché á la hacienda de la Encarnación, distante treinta millas de aquí en el camino de San Luis Potosí, dió parte de que una fuerza considerable de caballería, cuyo número no era conocido, estaba allí reunida. El día 20 de Febrero fué despachado el teniente coronel May á la hacienda de Hedionda, mientras el mayor Mc Culloch practicaba un nuevo examen en la Encarnación. Los resultados de ambas expediciones no me dejaron la menor duda que el enemigo, con una fuerza considerable, se hallaba en la Encarnación á las órdenes del general Santa Anna, quien pensaba efectuar un movimiento y atacarnos en nuestras posiciones. Como el campo de Agua Nueva podía ser flanqueado por ambos lados, y las fuerzas enemigas eran muy superiores á las nuestras, especialmente en caballería, determiné, después de muchas consideraciones, situarme en una posición cerca de once millas á retaguardia, y allí aguardar el ataque. El ejército levantó su campo y se puso en marcha al medio día del 21, situándose en su nueva posición, casi al frente de Buena Vista. Con una pequeña fuerza me dirigí al Saltillo á tomar las medidas necesarias para poner la ciudad en estado de defensa, dejando al brigadier Wool el mando inmediato del ejército.

»Antes que hubiese acabado de tomar mis providencias, tuve noticia en la mañana del día 22 que el enemigo estaba á la vista y avanzaba. Cuando llegó al terreno, se descubrió que teníamos á nuestro frente sus avanzadas de caballería, las que salieron de la Encarnación (según después he sabido) á las once del día anterior dejando en Agua Nueva otra fuerza de caballería para cubrir el movimiento de sus trenes. Nuestras tropas ocupaban su posición en una línea considerablemente fuerte. El camino en este punto es un pasadizo estrecho, y el valle, á su derecha, se hace casi impracticable para la artillería, por multitud de zanjas extraordinariamente hondas, mientras por la izquierda una sucesión de barrancas y precipicios se extiende mucho más allá de las montañas que cierran el valle. La desigualdad del terreno era tal, que casi debía paralizar los movimientos de la artillería y caballería enemiga, mientras que su infantería no podía tampoco sacar toda la ventaja que debía darle su superioridad numérica. En esta posición nos preparamos á recibirlo. La batería del capitán Washington (del 4.° de artillería) se colocó de modo que dominaba el camino, mientras los regimientos 1.° y 2.° Illinois á las órdenes de los coroneles Hardin y Bisell, cada uno con ocho compañías (habiendo agregado al último de estos regimientos la compañía de voluntarios texanos el capitán Conner) y el segundo Kentucky á las órdenes del coronel Mc Kee, ocupaban las crestas de los cerros á la izquierda y retaguardia. Los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, á las órdenes de los coroneles Yell y Marshall ocupaban el extremo izquierdo cerca de la base de la montaña, mientras la brigada Indiana al mando del brigadier Lane (compuesta del 2.° y 3.° regimientos á las órdenes, de los coroneles Bovoles y Lane), los rifleros del Mississipi, mandados por el coronel Davis; los escuadrones del 1.° y 2.° regimientos de dragones á las órdenes del capitán Steen y del teniente coronel May; las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg del número 3 de artillería, ocupaban la reserva. A las once del día recibí del general Santa Anna una intimación para que me rindiese á discreción, cuya copia, así como la de su contestación que á él dí, tengo ya transmitidas. El enemigo suspendió aún su ataque, aguardando evidentemente la llegada de sus columnas de retaguardia, las cuales podían verse distintamente por nuestros vijías conforme iban acercándose al campo. Un movimiento efectuado sobre su izquierda me indujo á destacar el 2.° regimiento Kentucky y una sección de artillería á nuestra derecha, en cuya posición vivaquearon aquella noche. Entretanto las tropas ligeras mexicanas se batían con las nuestras en el extremo izquierdo (compuestas de parte de los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, desmontados, y un batallón de rifleros de la brigada Indiana, mandado por el mayor German, el todo á las órdenes del coronel Marshall), sosteniendo un fuego vivo y subiendo por el costado de la montaña, trataban

aparentemente de flanquearnos. Tres piezas de la batería del capitán Washington fueron destacadas sobre nuestra izquierda, sostenidas por el 2.° regimiento de Indiana. El enemigo nos dirigía una que otra bomba sobre esta parte de nuestra línea, pero sin efecto alguno. La escaramuza de nuestras tropas ligeras se sostuvo con muy corta pérdida por nuestra parte hasta que oscureció, y á esta hora me convencí que hasta la mañana siguiente no emprendería el enemigo un ataque serio, y regresé con el regimiento Mississipi y un escuadrón del 2.° de dragones hasta el Saltillo. Las tropas vivaquearon sin hacer lumbradas, y durmieron sobre las armas: un cuerpo de caballería, al parecer de mil quinientos hombres, se hizo visible todo el día á retaguardia de la ciudad, habiendo entrado en el valle por un paso sumamente estrecho que queda al Este de la misma. Esta caballería, á las órdenes del general Miñón, fué evidentemente mandada á retaguardia nuestra para cortar y molestar nuestra retirada, y quizá para hacer algún movimiento sobre la ciudad si lo juzgase practicable. Ésta estaba ocupada por cuatro compañías de nuestros excelentes voluntarios del Illinois, mandados por el mayor Warren, del 1.er regimiento. Un punto que domina casi todas las avenidas, estaba guarnecido por la compañía del capitán Webster, del 1.° de artillería, y montadas dos piezas de á 24; mientras los trenes y el campo del Estado Mayor estaban resguardados por dos compañías de rifleros del Mississipi mandados por el capitán Rogers, y una pieza de campaña dirigida por el capitán Chober, del 3.° de artillería. Tomadas ya las disposiciones anteriores para proteger mi retaguardia, emprendí mi marcha la mañana del 23 para Buena Vista, mandando que se adelantasen todas las tropas disponibles. La acción había comenzado antes de mi llegada al campo de batalla.

»Durante la tarde y noche del 22, el enemigo dirigió un cuerpo de tropas ligeras hacia el costado de la montaña, con intención de flanquear nuestra izquierda; y aquí fué donde la acción del 23 comenzó á una hora muy temprana. Nuestros rifleros, al mando del coronel Marshall, que habían sido reforzados por tres compañías de voluntarios del 2.° de Illinois, á las órdenes del mayor Trayl, mantuvieron perfectamente su terreno contra una fuerza muy superior, poniéndose casi á cubierto, y haciendo uso de sus armas que producían efectos mortales. A cosa de las ocho, un movimiento fuerte fué dirigido contra el centro de nuestra posición, adelantándose una gruesa columna por el camino real.

»Esta fué puesta en dispersión á pocos momentos, á virtud de unos cuantos tiros perfectamente dirigidos por las baterías del capitán Washington. Durante estas operaciones, el enemigo estuvo reuniendo un número considerable de infantería, protegido por las cortaduras, con la intención manifiesta de forzar nuestra izquierda, que estaba situada en una plataforma de bastante extensión. Los regimientos 2.° Indiana y 2.° Illinois cubrían esta parte de nuestra línea, sosteniendo el primero tres piezas de artillería ligera, dirigidas por el capitán O'Brien; el todo á las órdenes inmediatas del brigadier Lane. Para poder colocar su tropa en línea, el general Lane hizo avanzar la artillería y el 2.° regimiento Indiana. La primera avanzó hasta tiro de fusil de un fuerte destacamento de infantería mexicana, y no obstante que dirigió sus tiros con muy buen efecto, no pudo contener el ímpetu del enemigo. La infantería que se mandó sostenerla se había retirado en desorden, quedando expuesta, así como la batería, no tan sólo á un fuego activo de arma corta por el frente, sino también al desastroso de la metralla dirigida por una batería mexicana á su izquierda. El capitán O'Brien juzgó imposible conservar su posición, á menos de ser sostenido, y pudo tan sólo retirar dos de sus piezas, dejando muertos ó inutilizados todos los caballos y sirvientes de la tercera pieza.

»El 2.° regimiento Indiana, que según dejo dicho había retrocedido en desorden, no pudo volverse á reunir, y no tomó de nuevo parte en el combate, con excepción de un puñado de hombres que, unidos á su valiente coronel Bowles, se reunieron al batallón Mississipi, y prestaron buenos servicios, así como algunos cuantos fugitivos que en las últimas horas del día ayudaron á defender los trenes y depósitos en Buena Vista. Quedando forzada esta parte de nuestra línea, y apareciendo el enemigo en número excesivo contra nuestro flanco izquierdo, las tropas ligeras que habían hecho tan buenos servicios en la montaña, se vieron obligadas á retirarse, lo que en su mayor parte hicieron en buen orden. No obstante, hubo muchos dispersos que no volvieron á reunirse hasta llegar al depósito de Buena Vista, á cuya defensa contribuyeron después. El regimiento del coronel Vissell (2.° Illinois), al que se había reunido una sección de la batería del capitán Sherman, se encontró completamente flanqueado y se vió obligado á retirarse por no hallarse sostenido de ninguna manera. El enemigo, por este tiempo, arrojaba continuamente masas de infantería y caballería por el pie de la montaña sobre nuestra izquierda, é iba ganando nuestra retaguardia á gran prisa. En este momento llegué sobre el campo de batalla. El regimiento Mississipi había sido dirigido hacia la izquierda antes de llegar á su posición, é inmediatamente entró en acción contra la infantería mexicana que nos había flanqueado; el 2.° regimiento Kentucky y una sección de artillería del capitán Bragg se había movido con anterioridad desde la derecha á reforzar nuestra izquierda, y llegó al momento más oportuno. Este regimiento y parte del 1.er Illinois, mandado por el coronel Harden, contuvo valientemente al enemigo, y recobró una porción del terreno que habíamos perdido. Las baterías de los capitanes Sherman y Bragg ocupaban sus posiciones en la plataforma y jugaban con mucha ejecución, no tan sólo hacia su frente, sino con particularidad sobre las masas que habían ganado nuestra retaguardia. Descubriendo que el enemigo cargaba fuertemente sobre el regimiento Mississipi, se despachó á reforzarlo al coronel Lane con el 3.er regimiento Indiana, para sostener esa parte de nuestra línea que formaba un ángulo perpendicular con la primera línea de batalla. Al mismo tiempo fué despachado el teniente Kilvol con una pieza de la batería del capitán Bragg para sostener la infantería que se estaba batiendo allí. La acción fué por mucho tiempo sostenida con gran fuerza en este punto, haciendo el enemigo distintos esfuerzos para romper nuestra línea con su caballería é infantería, pero siempre fué rechazado con gran pérdida. Yo coloqué toda la caballería de línea y el escuadrón de Arkansas del Pike, á las órdenes del teniente coronel May, para que contuviese la columna enemiga que seguía avanzando á nuestra retaguardia por la parte baja de la montaña, lo que se verificó en unión de los escuadrones de Kentucky y Arkansas, mandados por los coroneles Marshall y Yeell. Mientras tanto, nuestra izquierda, que permanecía fuertemente amenazada por una fuerza superior, fué además reforzada por un destacamento del capitán Bragg y parte de las baterías del capitán Sherman. El haber concentrado nuestros fuegos de artillería sobre las masas enemigas

en la parte baja de la montaña, y la resistencia decidida que les impusieron los dos regimientos ya mencionados, crearon la confusión en sus filas y algunos cuerpos trataron de efectuar una retirada sobre su línea céntrica de batalla. En este momento se mandó al escuadrón número 1 de dragones que cargara sobre ellos para ponerlos en dispersión, favoreciendo su movimiento por detrás de unos matorrales que lo podían ocultar; dicho escuadrón procedió al punto indicado, pero no pudo dar cumplimiento á su objeto por hallarse expuesto á un fuego violento de una batería situada por el enemigo con el fin de cubrir su retirada. Mientras se practicaba esta operación, se observó que un gran cuerpo enemigo se reconcentraba sobre el extremo de nuestra izquierda, con el objeto aparente de efectuar su bajada á la hacienda de Buena Vista, donde estaban depositados todos nuestros trenes y bagajes. El teniente coronel May fué mandado á sostener este punto con dos piezas de artillería de la batería del capitán Sherman, á las órdenes del teniente Reynol. Por este tiempo, las fuerzas que se habían retirado cerca de la hacienda, en parte compuestas de las que mandaban los mayores Tray y Gorman, habían sido hasta cierto punto organizadas bajo la dirección del mayor Munroy, jefe de la artillería, asistido por el mayor Morrison, voluntario de la plana mayor, y fueron colocadas para defender esta posición. Antes que nuestra caballería hubiese llegado á la hacienda, la del enemigo había efectuado su ataque, habiendo sido encontrada con denuedo por la caballería de Kentucky y Arkansas. La columna mexicana inmediatamente se dividió, tomando una parte de ella por el depósito, desde cuyo punto se le dirigía un fuego destructor por las piezas que habían sido colocadas en él; y la otra porción ganó por la base de la montaña sobre nuestra izquierda. En la carga de Buena Vista, el coronel Yeell murió valerosamente á la cabeza de su regimiento. También perdimos al ayudante Vangham, de la caballería de Kentucky, joven oficial que prometía grandes esperanzas.

»El teniente coronel May, á quien se le unieron el escuadrón número 1 de dragones y parte de las tropas de Arkansas é Indiana, se dirigió en este momento por la base de la montaña á contener el flanco derecho del enemigo, sobre cuyas masas, amontonadas en estrechos desfiladeros, nuestra artillería estuvo obrando con espantosa ejecución.

»La posición de la parte del ejército mexicano que había ganado nuestra retaguardia era en este momento sumamente crítica, y parecía dudoso que pudiera volver á ganar el cuerpo del ejército. En este momento recibí un mensaje del general Santa Anna, conducido por un oficial de plana mayor, deseando saber lo que yo quería. Inmediatamente despaché al brigadier Wool al general en jefe mexicano, y dí mis órdenes para que cesase el fuego. Al llegar á las líneas mexicanas el general Wool no pudo obtener que el enemigo suspendiese los suyos, y en consecuencia no tuvo efecto la entrevista. El extremo de la derecha del enemigo continuó su retirada por el pie de la montaña; y finalmente, á pesar de nuestros mayores esfuerzos, logró reunirse con el resto del ejército. Durante el día la caballería del general Miñón ascendió al elevado llano del Saltillo, y ocupó el camino desde la ciudad al campo de batalla, interceptándonos varios correos. Al aproximarse á la ciudad le hizo fuego el capitán Webster desde el reducto que ocupaba su compañía, y entonces se dirigió hacia la parte Este del Valle, oblicuando sobre Buena Vista. Por este tiempo el capitan Shover se adelantó rápidamente con una pieza de artillería sostenida por varios voluntarios de caballería, y con un buen éxito dirigió varios tiros sobre la caballería enemiga. Se le obligó á retirarse á los matorrales que conducen á la parte baja del Valle, perseguidos de cerca por el referido capitán Shover y otra fuerza más de artillería del capitán Webster, sostenida por una compañía de voluntarios de Illinois que habían avanzado desde el reducto. El enemigo hizo uno ó dos esfuerzos más para cargar sobre nuestra artillería; pero finalmente fué rechazado en confusión, y no volvió á aparecer por el llano.

»En el ínterin el fuego había cesado parcialmente sobre el campo principal. El enemigo parecía dedicar todos sus esfuerzos á la protección de su artillería, y yo me había retirado apenas un momento de la plataforma, cuando me ví precisado á volver, á causa de un fuego muy activo de fusilería que percibí. Vuelto á mi posición descubrí que nuestra infantería se batía con una fuerza muy superior enemiga, probablemente las reservas, y que se veían acribilladas por el número. Este momento fué de los más críticos. El capitán O'Brien sostuvo hasta lo último con sus dos piezas esta fuerte carga, y se vió obligado á abandonarlas en el campo por hallarse derrotada toda la infantería que las sostenía. Se le ordenó al capitán Bragg que acababa de llegar de la izquierda, que entrase en batería. Sin infantería que lo sostuviera y con el riesgo inminente de perder sus cañones, este oficial entró rápidamente en acción, hallándose la línea mexicana á pocas varas de distancia de la boca de sus cañones: la primera descarga de metralla hizo titubear al enemigo: la segunda y tercera lo hicieron retirar en desorden y salvamos el día. El 2.° regimiento Kentucky, que en este momento avanzó más allá de lo que ciertamente debía, fué repelido por la caballería enemiga, que lo estrechó considerablemente, tomando por unos matorrales que conducían en dirección á la batería del capitán Washington: sus perseguidores se hallaron expuestos á sus fuegos y se vieron detenidos súbitamente y rechazados con gran pérdida. Entretanto, el resto de nuestra artillería se colocó sobre la plataforma, sostenida por los regimientos Mississipi é Indiana, de los cuales el primero llegó justamente á tiempo de hacer una descarga cerrada sobre el flanco derecho del enemigo, y de este modo contribuyó á repelerla. En este último conflicto tuvimos la desgracia de sufrir una gran pérdida. El coronel Herdin, del 1.° Illinois, el coronel Mc Kee y el teniente coronel Clay, del 2.° regimiento Kentucky, perecieron á este tiempo, marchando valientemente al frente de sus cuerpos.

»Ningún otro esfuerzo se hizo por parte del enemigo para forzar nuestra posición, y la llegada de la noche nos presentó la oportunidad de dedicar nuestra atención á los heridos y á procurar también el refresco de la tropa que se hallaba ya exhausta por tantas vigilias y combates. No obstante que la noche era sumamente fría, la tropa en su mayor parte se vió precisada á vivaquear sin fuego, esperando que en la mañana siguiente vería renovarse el conflicto. Durante la noche se condujeron los heridos al Saltillo y se hicieron los preparativos necesarios para recibir al enemigo, dado caso que volviera á atacar nuestras posiciones. Siete compañías de refresco se sacaron de la ciudad y el brigadier Marshall, que había hecho una marcha forzada desde la Rinconada, con un refuerzo de caballería de Kentucky y cuatro piezas de grueso calibre á las órdenes del capitán Prentiss, del 1.er regimiento de artillería,

estaba ya para llegar cuando se descubrió que el enemigo había abandonado su posición durante la noche. Nuestros espías indagaron muy pronto que se había retirado hasta Agua Nueva. La gran desigualdad del número y el cansancio de nuestras tropas hacían muy peligroso é imprudente el tratar de perseguirlo. Se despachó un oficial de plana mayor al general Santa Anna para negociar un cambio de prisioneros, el que se efectuó satisfactoriamente en el siguiente día. Se juntaron nuestros muertos y se les dió sepultura; y los heridos mexicanos, de los que quedaron un número considerable sobre el campo de batalla, se condujeron al Saltillo, donde se les proporcionó una asistencia tan confortable como las circunstancias lo permitían.

»En la tarde del 26 se hizo un reconocimiento minucioso de las posiciones enemigas, las que resultaron hallarse ocupadas por una pequeña fuerza de caballería, habiéndose retirado la artillería é infantería con dirección á San Luis Potosí. El 27 nuestras tropas ocuparon su campo antiguo en Agua Nueva, evacuando el terreno la retaguardia enemiga conforme nos íbamos acercando y dejando un número considerable de heridos. Tuve intención de atacarlos en sus cuarteles en la Encarnación, temprano, en la mañana del día siguiente; pero después de un maduro examen, el mal estado de la caballería era un impedimento para emprender tan larga marcha en terrenos donde se carece de agua. El día 1.° de marzo fué finalmente despachado un destacamento á la Encarnación á las órdenes del coronel Belknap. Como 200 heridos y 60 soldados mexicanos fueron los únicos que allí se encontraron, habiendo ya pasado el ejército con dirección á Matehuala, en número muy reducido, y sufriendo mucho por el hambre. Los muertos y moribundos cubrían las orillas del camino y llenaban las habitaciones de la hacienda.

»La fuerza americana que tomó parte en la acción de Buena Vista ascendió á 334 oficiales y 4,425 hombres, excluyendo la pequeña fuerza que guarnecía la ciudad del Saltillo y sus alrededores. De este número, tan sólo dos escuadrones de caballería y tres baterías de artillería ligera, que no componían arriba de 453 hombres, era de tropa permanente. La fuerza del ejército mexicano, según el mismo general Santa Anna lo dice en su intimación, ascendía á 20,000 hombres, y este cálculo lo confirman los informes que de entonces acá hemos adquirido. Nuestra pérdida es de 267 muertos, 456 heridos y 23 dispersos. De los heridos muchos no necesitan ni de pasar al hospital, y se espera que comparativamente un número muy reducido de ellos será el que quede inutilizado.

»La pérdida de los mexicanos, entre heridos y muertos, puede estimarse en 1,500 hombres y probablemente llegará á 2,000. Por lo menos 500 de sus muertos dejaron abandonados en el campo de batalla. No hemos tenido los medios de averiguar el número de los desertores y dispersos; pero se dice que ha sido considerable. Nuestra pérdida ha sido mayor en la oficialidad, pues de ella quedaron en el campo 28. Tenemos que lamentar la pérdida del capitán Lincool, ayudante del general Wool, joven de conocido valor que cayó al principio de la acción. Ninguna pérdida ha sido tan sensible en el ejército como la de los coroneles Hardin y Mc Kee, y la del teniente coronel Clay, los que poseían en alto grado la confianza de sus subordinados; y como quiera que los dos últimos tuvieron la ventaja de recibir una educación verdaderamente militar, siempre deposité en ellos la mayor confianza para cuando llegase el caso de batir al enemigo.»

Concluiremos este capítulo reproduciendo el juicio del historiador norte-americano Ripley acerca de esta batalla, traducido por el señor Roa Bárcena: «En los movimientos del general Santa Anna y de los progresos de la batalla, se desarrollaron toda la energía de este jefe en sus preparativos, todo su talento en estrategia y para impresionar la imaginación de sus compatriotas, y todas las buenas cualidades de las tropas mexicanas; pero también, al mismo tiempo, toda su falta de poder moral y la inconstancia de resolución en las grandes crisis, característica de los ejércitos mexicanos y de sus jefes, y que, en extraña contradicción con la política nacional de su país, ha hecho enteramente infructuosos sus esfuerzos militares contra un adversario poderoso y resuelto. La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis casi no son sobrepujables. El movimiento de la Encarnación á Agua Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas, y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que le componen tuvieran la fuerza moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener. En esta batalla, sin embargo, aunque el general Santa Anna inmediatamente distinguió el punto que le ofrecía ventaja, y ganó la primera posición que primero quiso; como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales (Miñón), hubo falta de combinación y se abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas, fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un solo cuerpo más bien que en el conjunto de la batalla. De consiguiente, demoró el hacer avanzar sus reservas y el lanzar la masa más considerable en acción sobre el punto decisivo,—que eran, indudablemente, la llanura, y, atravesada ésta, la eminencia y la izquierda de la Angostura,—hasta que su ala derecha había sido derrotada y la artillería y las tropas americanas pudieron concentrarse sobre el segundo punto de ataque. Si hubiera asestado un fuerte golpe más al principio de la batalla y procurado despejar la llanura, posible es que obtuviera la victoria; y, cuando menos, habría adquirido mayor probabilidad de obtenerla. Pero como entonces habría encontrado en posición y cerca de su artillería los tres regimientos que aislados en su avance fueron á un tiempo derrotados por el concurso de las masas mexicanas, y cuatro piezas ligeras le habrían tenido en jaque, todavía es dudoso que aun hubiera triunfado.»